

Selección



CURTIS GARLAND

UNA CRIPTA PARA JEZABEL


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

352 — Yo, "el destripador”, *Curtis Garland*.
353 — Los límites del infierno, *Clark Carrados*.
354 — Miradas de ultratumba, *Clark Carrados*.
355 — Sollozos, *Lou Carrigan*.
356 — La aldea muerta, *Ralph Barby*.

CURTIS GARLAND

UNA CRIPTA PARA JEZABEL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 306
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 33.732 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Robin Meyer nunca olvidaría aquel trágico fin de semana por muchos años que viviera.

Hasta entonces había sido un joven superficial, casi frívolo, que no prestaba gran atención a las cosas de ente mundo que no fuesen divertidas, triviales y capaces de darle a él la vida risueña y optimista a que estaba habituado, tanto por su excelente posición social como por su ausencia absoluta de preocupaciones.

Ser huérfano, vivir solo, con veintisiete años a cuestas solamente, y disponer de una renta anual de más de setenta mil dólares, así como de unas acciones sólidas y seguras que facilitaban buenos dividendos, eran por sí solos motivos más que suficientes para hacer feliz a im hombre joven. Pero Robin Meyer tenía algo más que esc.

Era un joven atlético, de figura arrogante y elástica, habituado a practicar deportes, con una sólida cultura adquirida en la Universidad, de facciones varoniles y atractivas que gustaban mucho a las mujeres y una especial simpatía para su trato con los demás.

Todo eso hacía que, aparte de sonreírle la vida en lo económico, le proporcionara placeres como el deporte del mar, que era su preferido, el disfrute de una vida sana al aire libre durante el día... y el amor fácil y placentero durante la noche. Rara era la vez que alguna muchacha hermosa y deseable no se fijara en él con ideas no demasiado púdicas.

Robin Meyer nunca defraudaba a nadie. Ni a los amigos ni a las mujeres. Era un excelente muchacho, un hombre honesto y leal, y también un amante capaz de dejar huella en cualquiera de las chicas que pasaban con él unas lloras, una noche o unas semanas a solas.

Pero Robin era inconsciente en muchas cosas. No quería ataduras ni dependencias en terreno alguno. En el amor menos que en ningún otro. Jamás formalizaba relación ninguna. Pero, cuando menos, tenía la honestidad de advertírselo previamente a su pareja, si notaba que ésta se hacía ilusiones en tal sentido.

Muchas veces, ellas sonreían, seguras de su suficiencia amatoria, pero el final era siempre el mismo, y nada podían reprochar al hombre que les había advertido. Robin daba por terminado el idilio en el momento preciso y olvidaba para siempre a la mujer del momento. Esa era su norma, y se mantenía fiel a ella.

Con los amigos ya era otra cosa. Tenía considerada la amistad como algo verdadero, solido y perenne: Algo que no se podía traicionar, Algo a lo qua no se podía considerar superficialmente, porque un amigo tenía que ser algo más, mucho más que una simple relación entre dos personas.

Fue precisamente eso, su culto a la amistad, lo que le conduciría al horror más insólito imaginable. Un amigo, uno de sus mejores amigos, sería quien le metería en ello del modo más imprevisible.

Sucedió aquel fin de semana en que la fina lluvia y el fuerte viento habían dificultado seriamente la práctica de un submarinismo y la navegación a vela por la bahía, cuando Walter Nordham le expuso su problema, y él le escuchó atentamente, sentados ambos al abrigo de las inclemencias del tiempo, en una marquesina encristalada del club náutico de Los Angeles, frente al mar revuelto y plomizo.

—Robin, te necesito —fue lo primero en decirle su amigo Walter Nordham, un muchacho de su edad, aproximadamente, pero mucho más serio y reflexivo que él.

—¿A mí? —él había mirado a Walter, sorprendido de que un muchacho como él necesitara de nadie. Creía que cualquier miembro del gran imperio Nordham se bastaba y sobraba a sí mismo para cualquier cosa en este mundo.

—Sí. Es un favor de amigo. Lo he pensado mucho. Robin, pero al final me he decidido a dar este paso.

—¿Por qué tuviste que pensarlo? Eres mi amigo. Espero que lo recuerdes siempre. Yo no acostumbro a olvidarlo. Y los amigos estamos para ayudarnos mutuamente en todo. Sólo que no te imaginé nunca necesitado de ayuda alguna.

—Te equivocabas —sonrió con cierta amargura el joven Nordham—. Te necesito. Y mucho. Es decir, necesito a alguien. Y nadie es tan amigo mío como tú. Además, creo que pedir ayuda a otros sería perder el tiempo. Confíe en ti y en tu amistad, Robín, Eso es todo.

—Me alegra que pienses así. ¿De qué se trata, Walter?

Su amigo permaneció silencioso unos momentos al llegar a ese punto. Robin le notó una evidente vacilación. En sus ojos claros hubo como una sombra furtiva de dudas, de incertidumbre, como si no supiera por dónde empezar.

—Bueno, es algo difícil de explicar —confesó al fin—. Te va a resultar raro, estoy seguro. Muy raro.

—Adelante. Ya juzgaré yo luego —sonrió, alentador, Robin Meyer, mirando a su amigo con franqueza.

Walter pareció cobrar fuerzas. Las suficientes para abordar el tema, a pesar de sus indecisiones:

—Verás, Robin. Te necesito para... para que te cases mañana con una mujer que es ahora mi prometida.

Y se quedó mirándole con la misma ingenuidad que si le hubiese pedido prestados cinco dólares.

Robin Meyer parpadeó, estupefacto, mirando a su amigo como sí estuviese loco o le hubiese gastado una broma pesada.

Pero lo raro es que el rostro de Walter Nordham, el hijo único del poderoso magnate de las finanzas de Wall Street. J. B. Nordham, mantenía una expresión tranquila y seria, como corresponde a alguien que ha hablado con absoluta sinceridad.

—Cielos, ¿qué dices? —había resoplado Robin, incrédulamente—.

¿Bromeas?

—En absoluto, Robin —suspiró en ese punto Walter—. Hablo completamente en serio. Te pido encarecidamente ese favor: cásate con mi prometida. Mañana misino, amigo mío. En la iglesia de Santa Monica. A las doce del mediodía. La fecha y hora de la boda ya están fijadas de antemano. Y es inaplazable.

Aquello no tenía el menor sentido. Robin se preguntó si todo ese diálogo era un puro disparate, digno del teatro del absurdo de lonesco o de Pinter.

Lo malo es que Walter Nordham parecía hablar en serio. Y él no sabía qué responder ni cómo explicarse todo aquello.

Pero en realidad, sin él saberlo, acababa de pisar el primer e invisible peldaño de la larga escalera de horror que iba a sumergirle en una sima alucinante, de terrores y escalofríos sin fin,

Nadie hubiera podido imaginarlo. Y menos que nadie, un hombre optimista, jovial y desenvuelto como Robin Meyer.

Un hombre capaz de rendir cuito a la amistad hasta tal punto, que llegaría a aceptar la increíble petición de Walter Nordham, en cuanto supo qué era exactamente lo que debía de hacer.

Y eso, lo supo en seguida.

* * *

El avión iba a salir hacia el lado opuesto de los Estados Unidos, rumbo a Nueva York. Era el vuelo nocturno que tenía su salida del aeropuerto de Los Angeles a las nueve y media de la noche. El poderoso reactor se hallaba ya en el centro de la pista, con sus luces encendidas y sus motores a punto. Los últimos viajeros se apresuraban a cruzar el acceso para subir a bordo, Walter Nordham, vestido totalmente de escuro, serio y con corbata negra y maletín liviano de igual color en una de sus manos, apuraba los últimos momentos junto a Robin Meyer.

—Robin, no pierdas mucho tiempo cuando yo me vaya. No esperes a que despegue el avión. La representación de esta noche es la última de la temporada como ya te dije. Una gran gala, en homenaje y despedida a la primera actriz, que parte mañana hacía Australia y Europa en una larga gira a través de medio mundo. Está señalada para las diez en punto. No te demores en llegar al teatro, Robin.

—No temas. Seré puntual. Aún dispongo de tiempo para ello. Sabes que mi Jaguar corre como una centella.

—Lamento molestarte tanto, Robin, pero comprenderás que no había otra posibilidad. La iglesia estará mañana repleta de gente. Todo el mundo del espectáculo y de la mejor sociedad de Los Angeles y de San Francisco. Productores de cine, directores, estrellas famosas del teatro y de la pantalla, el alcalde de la ciudad, el embajador de Australia en los Estados Unidos, venido a Los Angeles precisamente para esa ceremonia... No era posible aplazar la

boda, Robin. Ni siquiera en mis circunstancias. Por eso te pedí tan gran favor.

—No debes preocuparte de nada —sonrió Robin, dando una palmada enérgica en el hombro a su amigo—, Al principio me asustaste, lo confieso. Casarse era la última cosa que pensaba hacer en este mundo. Y menos aún con una desconocida.

—Jezabel Lawrence no es una desconocida, Robin.

—Oh, ya sé, ya sé. Tampoco lo es Greta Garbo. Pero nunca la vi personalmente. Para mí, por tanto, sí es una desconocida. Lo mismo me ocurre con la gran Jezabel Lawrence, la gran «estrella» del cine y del teatro, la «australiana prodigiosa», como dicen los periódicos al referirse a ella. Pudiste empezar diciéndome que eras su prometido, que la boda de mañana era inaplazable a consecuencia de las personalidades citadas a la ceremonia..., y que yo solamente tenía ¡que ocupar tu puesto ante el altar para representarte por poderes en esa" boda, y nada más.

—La verdad es que no sabía cómo empezar —sonrió débilmente Walter—, Era todo tan difícil..,

—Vamos, no tenía tanta importancia. Cualquier amigo haría esto por otro.

—Pero compréndelo, yo no podía enviar a cualquiera. Tenía que ser alguien como tú: con personalidad, arrogancia, distinción especial. Los noticiarios, la gente, estarán pendientes en muchas partes de la persona que representa al novio ante el sacerdote y ante la ley. Para mí eso era importante. Por ello pensé en ti.

—Gracias, Walter. Me halaga mucho que pensaras así —señaló al avión y a la puerta de acceso a la pista, donde el empleado les miraba impaciente—. Creo que debes ir ya. Eres el último viajero que falta para tomar ese avión, Walter.

—Sí, Robin. Ya voy. Regresaré tan pronto resuelva el asunto de los funerales.

—Podría demorarse el fin de tu tío, Walter...

—No, seguro que no. He hablado con tía Melba y con el doctor. Le quedaban apenas tres horas de vida, siendo muy optimistas. Tal vez ha fallecido ya. F. B. Nordham era una roca sólida, pero la muerte no perdona. Estaba ya paralítico totalmente en la madrugada anterior. Y comenzó el mal a extenderse por sus vísceras. El corazón se detendría de un momento a otro. Y su cerebro también. La muerte clínica se producirá, irremisiblemente, entre estos momentos y las doce, hora de California. Cuando llegue, F. B. Nordham ya no vivirá. Y soy su único pariente, junto con tía Melba. Tengo que estar allí en su funeral. Forma parte del último deseo expuesto por mi pobre tío.

—Lo sé. Buen viaje, Walter. Y resignación en todo —estrechó con calor su mano, Walter cruzó la puerta de acceso al exterior, para alivio del funcionario de servicio, y Robin aún le advirtió, en voz más alta—: En cuanto a la boda, no te preocupes. Todo irá bien mañana.

—Hasta pronto, Robin. Y gracias por todo —se alejó el joven enlutado hacia el avión. Faltaban justamente dos minutos para el despegue.

Robin regresó con rapidez al aparcamiento. El reactor sobrevolaba el aeropuerto de Los Angeles, virando hacia el Este, cuando ya el rugiente Jaguar rojo de Robin Meyer, volaba sobre el asfalto de la carretera de regreso al centro urbano. La mirada del joven siguió unos instantes el vuelo majestuoso del reactor, cuyas luces se perdieron en la noche.

Frunció el ceño, pensando en ¡as agitadas horas que le esperaban. La llegada al teatro, la representación, la visita obligada a Jezabel Lawrence en su camerino durante el entreacto, para conocer cuando menos a ¡a mujer con quien debía arrodillarse ante el altar de Santa Monica, en representación de su amigo Walter. Ella ya sabía por su prometido que él la visitaría esa noche en el teatro. Luego, al día siguiente, la ceremonia por poderes y la partida de la novia con rumbo a su país natal, Australia, donde debía debutar de modo inaplazable, para después dirigirse a Europa en una larga gira con obras clásicas y del teatro moderno americano.

—Vaya lío en que me ha metido Walter —gruñó entre dientes—. Yo que no pensaba verme al lado de una novia durante muchos años todavía... Aunque sea en representación de otro, va a ser un mal momento para mí, diablos,

Pero la cosa estaba decidida y no podía volverse atrás. Sería indigno de un buen amigo. Walter confiaba en él.

El Jaguar penetró en la ciudad. Robin Meyer se dirigió al teatro. Bajo su impermeable, llevaba su smoking, indumentaria obligada para una gran gala como la de aquella noche en el Grauman's Theatre.

No lo sabía. Pero estaba dando el segundo paso hacia el horror.

CAPITULO II

—Usted es Robin Meyer.

—Exacto —sonrió él, inclinándose cortés—. Y usted la gran Jezabel Lawrence.

—En efecto —ella rió suavemente, acercándose a él mientras se subía la cremallera del vestido, ayudada por su doncella. Las luces del camerino, brillando alrededor del gran espejo oval de su tocador, aún realzaban más el indudable encanto y belleza de aquella fascinante mujer—, Walter me habló tanto de usted últimamente... Estaba seguro de que se prestaría a ocupar su puesto en esa ceremonia de mañana.

—Walter es mi amigo. No podía negarle ese favor, señorita Lawrence.

—Por Dios, sí vamos a ser novia y novio durante unos minutos, ya puede irme llamando solamente Jezabel, C Jezzie, como me dicen muchos, tal vez por evitar ese nombre que les trae malos recuerdos bíblicos. Así se irá acostumbrando para mañana, cuando tenga que dar el «sí» en nombre de Walter.

—Tienes razón —admitió Robin—, Creo que hay que hacerse a esa idea, Jezzie. No tengo nada contra la Jezabel de las Escrituras, pero me gusta más llamarla así.

—Coincide con Walter. A él le gusta ese diminutivo —sonrió ella con agrado—, ¿No le importa que yo le llame Robin?

—Por Dios, no sólo eso, sino que debe hacerlo. Y no porque mañana vaya a ser su marido por poderes, sino porque desde ahora seremos amigos, ya que también lo somos Walter y yo,

—Excelente. Creo que sí seremos buenos amigos —le miró con sus grandes, rasgados y hermosísimos ojos verdes, que hacían juego perfecto con el rojo intenso de su sedoso cabello y el matiz alabastrino de su piel, salpicada de bellos y picaros lunares. Se empolvé ligeramente los pómulos, sobre el maquillaje graso—, ¿Qué opina de Caso, de Muñecas?

—No soy un entusiasta de Ibsen. Le encuentro demasiado sombrío. Pero me maravilla su interpretación de Marta. Jezzie. Está usted genial, créame.

—Gracias. Un elogio en alguien que no le gusta Ibsen, es más de agradecer que en mis más fervorosos críticos —rió ella con buen humor—. Espero que al término de la representación piense lo mismo. El tercer acto es el mejor, como ocurre casi siempre en esta clase de obras.

—Estoy seguro de que será así. ¿Nos veremos mañana antes de la ceremonia?

—Dicen que eso da mala suerte —comenzó Jezabel irónica—. Pero sí, nos veremos antes de la boda. Me gustaría charlar con usted ampliamente. Eso me hará sentir un ñoco menos extraña en el templo, cuando tenga que decirle «sí», Robin. Será mejor que nos veamos luego, al fin de la representación.

—¿Luego? Imaginaba que tendría muchos compromiso5; esta noche, al ser

su homenaje.

—Y los tengo —ella agitó una mano tan blanca y alada que parecía una paloma revoloteando por el camerino—. Pero a todos les despediré aquí, en el teatro. Le espero en la puerta posterior del teatro. Detesto las reuniones tras una noche tan agotadora como ésta. Con usted creo que va a ser distinto.

—Ojalá sea así —suspiró Robin—, La estaré esperando con mí coche. Claro que es un deportivo, no demasiado acorde con una noche así. Pero no me gustan los Rolls ni cosas así. No van con mi carácter.

—Será delicioso ir por ahí en un deportivo, lejos de ceremonias y cumplidos —rió ella, deliciosamente femenina—, No falte, Robin.

—Allí estaré apenas caiga el telón, palabra.

Salió del camerino para reintegrarse a su localidad en la platea del teatro. Esa había sido su primera entrevista con Jezabel Lawrence. Todo aquello le parecía irreal y sorprendente, pero salía complacido de su encuentro inicial con la joven y bella actriz. La había visto cuatro o cinco veces en el cine, pero ganaba mucho en la realidad, al revés de lo que sucedía con la mayoría de «estrellas» de Hollywood. Era infinitamente más bella, más humana y más cargada de femineidad. Le había impresionado muy gratamente.

—Walter tiene mucha suerte al tener una mujer así —comentó para sí, acomodándose en su butaca para asistir al resto de la representación en el repleto teatro—. Sí, mucha suerte...

Se apagaron las luces de la sala. Lucieron las candilejas y se hizo el silencio en el local. Lentamente, el majestuoso telón rojo de flecos dorados se elevó para seguir mostrando la disección humana de unos personajes muy propios del dramaturgo nórdico.

* * *

Había sido una noche triunfal.

Aún parecía resonar el eco de los estruendosos aplausos que acogieron el telón fina! de Casa de Muñecas, cuando el Jaguar rojo de Robin Meyer.se detenía ante la puerta del escenario del Grauman’s Theatre. Otros muchos admiradores de la gran actriz esperaban allí, tumultuosamente, muchos de ellos entregando ramos de flores al conserje. La policía mantenía un control prudente en los accesos al teatro.

Robin bajó de su coche y se aproximó. Un agente trató de apartarle, Robin le informó, escueto:

—Soy el novio de Jezabel Lawrence. La estoy esperando.

No hubo objeción alguna, pero el agente estuvo vigilándole hasta que apareció Jezabel en medio del entusiasmo popular. Los agentes lograron protegerla, y ella, al ver a Robin, se apresuró a desviarse en su dirección, eludiendo el acoso de sus admiradores. El agente respiró con alivio al ver que ella se reunía con Robin y él la subía al Jaguar rojo, arrancando de allí a toda velocidad.

Jezabel no respiró con alivio hasta hallarse muy lejos de allí, rodeando por Hollywood Boulevard, para ir a desembocar a Santa Monica a la altura de Highland Avenue, para finalmente encontrarse rodando por Hollywood Freeway, camino de San Bernardino.

—¡Uf, esto sí que es un descanso! —Comentó ella, respirando profundamente el aire fresco de la noche, qué azotaba su rostro de frente—. Si liego a continuar allí un poco más, acabo con una crisis nerviosa. ¿Se ha dado cuenta de lo que cuesta ser famosa, Robin?

—Sí, empiezo a no envidiar nada a los famosos —sonrío él.

—Y hará muy bien. Es una vida donde lo resplandeciente se mezcla con lo irritante. Una mezcla de placer y de hastío, créame.

—La creo —aceleró un poco más—, ¿Subo la capota? Tal vez le moleste el aire...

—No, no, en absoluto. Me sienta bien. Es como volver a respirar después de salir de una catacumba.

—Sombría comparación —rió el joven Meyer de buen humor—, ¿Deprimida?

—Un poco. Debe ser culpa también de Ibsen.

—Ya se lo dije. Prefiero a Moliere. Es más divertido.

—Pero no tienen nada que ver entre sí —soltó ella una suave carcajada. Luego, le miró—. Creo que debe ser usted un chico divertido, Robin.

—No esté tan segura todavía. A lo mejor termino por aburrirla más que Ibsen.

—Bien. Probemos. ¿Adónde vamos, para empezar?

—Depende del tiempo que quiera descansar y del que emplee para divertirse y olvidar la escena y todo lo demás. Recuerde que mañana a mediodía tiene una cita conmigo ante un altar y un sacerdote.

—No lo olvido —rió, moviendo su cabeza con aire divertido. El viento agitaba su roja melena como si fuese una bandera—. Pero no pensemos ahora en eso. Tendré tiempo de descansar en el viaje. No debutaré en Sidney hasta dentro de tres días.

—Entonces, adelante. ¿Lo deja en mis manos?

—Absolutamente, Robin —asintió ella, mirándole con una amplia sonrisa.

El no dijo nada. Pisó el acelerador más o fondo y enfiló hacia un determinado lugar que, por el momento, sólo él conocía.

* * *

—Ha sido una noche maravillosa, Robin. Realmente maravillosa.

—¿De veras? —Dudó él, mirándola con cierta sorpresa—. Imaginé que conocías ya toda la ciudad de Los Angeles y su mundo nocturno. Walter ha sido siempre un buen conocedor de todo eso, lo mismo que yo.

—No lo niego. Ni él tampoco lo ha negado —sonrió Jezabel—. Pero nunca me sentí con ganas de apurar la noche como hoy. Siempre terminaba

negándome a ir a alguna parte después de una cena fría y una copa de champaña o, como máximo, un baile en cualquier local, antes de retirarme a descansar. Pero lo de esta noche... Robin, son casi las cinco de la mañana. Y he cenado, he bailado, he bebido y me he divertido como nunca.

—Me alegra que, cuando menos, ocupe el puesto de Walter de un modo satisfactorio para ti, Jezzie —sonrió a su vez Robin Meyer, conduciendo el Jaguar XJS a toda velocidad, de regreso al centro de Los Angeles, mientras el nuevo día clareaba allá en la distancia, sobre las colinas de Santa Ana.

—Algo más que eso, Robin —suspiró ella, entornando los ojos y recibiendo las ráfagas de aire fresco matinal con expresión placentera—. Lo cierto es que Walter es mucho más aburrido que tú. Tal vez por eso no llegué nunca a apurar la noche de tal modo.

—Eso no le gustaría nada a Walter, si lo supiera —rió Robín.

—Lo sé, Pero se lo diría con igual sinceridad. Walter es un gran muchacho, pero no es buen conocedor de lo que pensamos las mujeres. Tú, por ejemplo, ¿cómo hubieras resuelto esta situación, muriendo tu único pariente y pidiéndote él que acudieras, justamente cuando la ceremonia de la boda ha de celebrarse ineludiblemente al mismo tiempo, Robin?

—Hum... No sé —meneó la cabeza, mirando el rápido desfilar de la cinta de asfalto bajo las ruedas del vehículo vertiginosamente lanzado hacia el centro urbano—. No se me ocurre nada. Y sí se me ocurriera, no estaría bien que lo dijese. Sería dejar en mal lugar la imaginación de Walter.

—¿Imaginación? —Jezabel respiró profundamente—. Walter no tiene imaginación alguna, mi querido Robin. ¿Es que no lo sabes acaso?

—Es mi amigo. No me gusta hablar de los amigos en su ausencia, ni siquiera con sus novias o mujeres, cuando esas palabras pueden encerrar alguna censura.

—Siempre el noble y fiel Robin Meyer, el hombre que rinde culto a la amistad —exhaló ella un suspiro—. ¿Es que nunca admites un error humano en tus amigos?

—Sí. Pero me lo reservo para mí, Jezzie. Es más honesto.

—Robin, ese hombre de quien hablamos no es sólo tu amigo. Va a ser mí esposo dentro de siete horas escasas, a través de la representación de tu propia persona. Y voy a estar unida a él para siempre.

—¿Y bien? Eso ya lo sabías, Jezzie.

—Sí, claro que lo sabía. Pero entonces no te conocía a ti.

—¿A mí? —se sorprendió Robin, volviendo la cabeza para mirarla, en un momento en que la carretera era llana y rectilínea—. ¿Y qué tengo yo que ver en eso?

—Más de lo que crees. Me has hecho ver las cosas súbitamente de un modo radicalmente distinto. Yo, en mi vida artística, he tratado a personas muy diferentes a Walter o a ti. Gente que sólo busca a la «estrella», a la mujer famosa, a la figura popular. Otros que desean medrar a costa de mi compañía o mi amistad ante cámaras y noticiarios o en comadrees de publicaciones

ilustradas. Y así tantas y tantas veces. Walter era diferente. Jovial, simpático, buen muchacho, noble y honrado. Se enamoró de mí, de Jezabel Lawrence, De la mujer, no de la actriz. De la persona, no de su fama. Eso me cautivó. Y tal vez me está conduciendo al gran error sin yo misma darme cuenta.

—¿Error? ¿Qué error, Jezzie?

—Esa boda, Robin... Será una equivocación irreparable si se lleva a cabo mañana, ¿lo entiendes?

—Pero Jezzie, ¿qué pretendes decirme con eso?

—Robin, te va á parecer increíble, pero., —le miró larga, extrañamente. Y luego, de pronto, le espato con voz cálida, que vibraba de sinceridad y de sorprendente emoción—: Robin, me he enamorado de ti.

El frenazo que tuvo que pegar Robin al Jaguar, no lejos de una curva, hizo que los neumáticos chirriaran sobre el asfalto, dejando en ellos dos profundas huellas negruzcas, mientras ambos se veían impulsados hacía adelante, aunque no lo suficiente para golpearse contra el parabrisas. El pie y la mano de Robin legraron utilizar ambos frenos con mayor suavidad luego, hasta que el rojo vehículo deportivo se paró del todo, a un lado de la carretera, más allá de la línea continua de la cuneta.

—Cielos, ¿qué has dicho? —mascullló Robin, mirándola estupefacto—. Es una broma, ¿no?

—Robin, tienes suficiente experiencia con las chicas, como me has confesado antes, para saber que una mujer nunca bromea con cosas así, estando a solas con un hombre. Ni siquiera Jezabel Lawrence, la «estrella», haría algo así. Te lo aseguro.

—Pero..., pero eso no tiene sentido, Jezzie —Robin tragó saliva—. Sólo he tratado de ser amable contigo, de distraerte, de hacerte sentir menos violenta mañana, en la ceremonia. Yo..., yo soy amigo de Walter, Su mejor amigo. El me pidió un gran favor. Soy sólo su apoderado en la ceremonia de vuestra boda...

—Robin, te pones encantadoramente atractivo cuando tratas de poner un muro delante de ti para evitar mi asalto —rió con espontaneidad la joven—, Pero no logras evitar que siga enamorada de ti. Eso es algo que no se puede controlar,

—Jezzie, hablemos en serio —rogó Robin, angustiado—, Tú amas ya a Walter. .

—No. No le amo. Ahora me doy cuenta de ello. Sólo pensaba amarle. Es diferente.

—¡Y él re ama a ti! —casi clamó el joven.

—Eso tampoco puedo evitarlo yo. Pero es mi vida. Mi felicidad, Robin. No puedo ahora casarme con otro •hombre queriéndote a ti. Cuando mañana me digas tú si te quiero por esposo, al decir «sí» estaría mirándote a ti, no a Walter. Pensando en ti, no en Walter, Y sobre todo, lo que es más importante..,, amándote y deseándote a ti, Sólo a ti, Robin.

El no pudo evitarlo. Ella se lanzó a su cuello, le rodeó con sus brazos

impulsivamente,.., y notó en su boca el contacto prieto y húmedo de los carnosos labios de Jezabel, rojos y jugosos como una fruta, madura.

Trató de desasirse de ella y ni le fue posible. Los brazos de Jezabel le rodeaban como un férreo, pero tierno cerco, notaba la presión de sus dedos en la nuca y espalda, y por entre sus labios la penetración anhelante de una lengua amorosa que buscaba la suya, haciendo aquel beso largo, profundo y estremecedor.

Robin quería pensar en Walter, en sus obligaciones como amigo, y no le era posible. Jezabel le nublaba, la vista, lograba provocar un largo y sutil escalofrío en su espina dorsal, y todo su ser sufría una extraña convulsión, una inquietud que antes ninguna mujer le había logrado provocar en modo alguno.

Al fin consiguió desasirse de ella, apartarla de sí para clavar sus ojos aturdidos en aquel rostro hermoso, joven y delicado, bajo la roja cabellera desordenada por el aire y por el abrazo. Los ojos verdes de Jezabel destellaban apasionados. Sus labios gordezuelos temblaban. Sus pechos jóvenes se veían subir y bajar palpitantes.

—Robin... —la oyó musitar con voz ronca.

—Jezzie, por favor... —se oyó su propia voz muy ronca, muy desfigurada, no sabía él por qué—. No podemos seguir adelante. Es... es una locura.

—¿Por qué. Robin? —murmuró la joven actriz, sin desviar sus ojos de él —. Yo he sentido temblar también tu cuerpo. Había correspondencia en ti. Sentías lo mismo que yo cuando te besé. Y tú también... me besaste, me abrazaste... y no podías separarte de mí.

—Es cierto, Pero eso no significa nada. Eres una mujer, Una mujer hermosa, deseable, y yo soy un hombre. Eso es todo.

—¿No es suficiente? —resplandecían, radiantes, las verdes pupilas.

—No, no es suficiente —rechazó Robin, enérgico, poniendo de nuevo el motor en marcha y regresando a la carretera—. Está Walter. Yo no puedo hacer una cosa así. Si quieres, rompe con él. Me harás sentir culpable de muchas cosas, pero eso no podré evitarlo. No me pidas, sin embargo, que ocupe su lugar en tu corazón,. Jezzie. No me sería posible.

—Robin, eres demasiado fiel. No tiene razón de ser eso ahora. Ya te he confesado que no amo a Walter, sino a ti. No puedo evitarlo. Es algo que ha ocurrido. De repente, sin saber por qué,

—Demasiado tarde te diste cuenta de eso.

—No, no es aún demasiado tarde —rectificó ella—. Todavía no soy la señora Nordham.

—Jezzie, por el amor de Dios, no me pongas las cosas más difíciles.

—Está bien, Robin —suspiró ella—. No te exigiré nada que hiera tus escrúpulos de amigo fiel. Pero tampoco esperes que aparezca mañana en la ceremonia.

—¿Qué? —la miró un momento de soslayo, sin dejar de conducir, aunque ahora a mucha menos velocidad—. No puedes hacer eso, Jezzie...

—¿Y qué quieres que haga? ¿Casarme estúpidamente con alguien a quien

no amo... y precisamente teniendo que darte a ti el «sí» y verte a mi lado, y besarte como si fueras Walter y no tú mismo? ¡No y cien veces no, Robin! Lo he decidido. Llévame a casa, por favor. Mañana, si quieres, ve a la iglesia de Santa Monica. Pero no esperes que llegue yo. En una noche, las cosas han cambiado radicalmente para mí.

—Y yo he tenido la culpa,

—No digas esas cosas. Sabes que nadie tiene la culpa de cosas así, Robin. Cuando me reuní contigo a la puerta del teatro para pasar un rato por ahí, intentando conocernos mejor, no podía imaginarme esto. Y, sin embargo, debí haberlo sospechado. Mi idea previa era saludarte cortésmente en el camerino y despedimos hasta mañana. De repente, no sé por qué motivo, sentí deseos de conocerte más a fondo. Y te cité para más tarde. Ahí comenzó todo. Lamento haberte complicado en esto, siendo como eres. Pero ni siquiera tú puedes exigirme que me case con Walter sin quererle. Sería un fracaso nuestro matrimonio. Y si eres amigo de él, comprenderás que sería el primero en sufrir ese fracaso. Es mejor evitar que arrumemos estúpidamente nuestras vidas.

—Eso no impedirá que me sienta culpable, Jezzie.

—Lo sé. No tengo culpa de que seas tan tremendamente honrado contigo mismo y con los demás. Y ya ves lo que son las cosas, Robin: esa nobleza tuya, ese magnífico y hermoso modo de ser que tienes, aún me hace sentir mayor amor por ti.

—Pues estamos arreglados —resopló Robin, exasperado.

—Lo siento —tuvo ánimos para reír ella suavemente catre dientes—. Por favor, déjame en mi casa. Es una residencia de Sunset Boulevard, a la altura de Vine Street. Ya te la indicaré. Allí nos despediremos.

—¿Hasta mañana, Jezzie? —insistió él, mirándola.

—No lo sé, Robin —confesó Jezabel amargamente—. Tal vez hasta nunca. O hasta que nos veamos de nuevo en otras circunstancias, Robin.

—Eso significa que..., definitivamente, no habrá boda.

—No. Con Walter, no. Aunque tú lo representes. Contigo, es otra cosa. Si vas en tu propio nombre, habrá boda hoy por la mañana.

—¿Yo? —Robin la miró, atónito—, Cielos, sería la peor traición imaginable...

—Lo imaginaba —le interrumpió ella, resignada—. Era demasiado esperar de un hombre como tú. Tal vez deba admirarte más por eso, no lo sé. Lo cierto es que estoy confusa, aturdida.

Llegaron a Sunset. Jezabel le señaló una moderna residencia que contrastaba con muchas de las viejas y suntuosas viviendas de los grandes astros de la pantalla, muchos de ellos ya desaparecidos, cuyas propiedades se habían convertido en museos o en capricho de millonarios excéntricos, sin que allí dentro quedase otra cosa que fantasmas del pasado. Sombras de cine rancio hecho vejez, olvido o muerte...

—Aquí es —dijo ella. El Jaguar se detuvo. La actriz puso un pie en tierra y

suspiró, mirando a Robin fijamente. La brisa matinal, fresca y suave, agitaba los rododendros y las azaleas del jardín, más allá del cerco de setos bien recortados. Una típica edificación al estilo Beverly Hills se alzaba en Sunset, a la sombra de una mansión digna de Valentino o de un personaje a lo Norma Desmond en la película que llevara el mismo nombre de aquella vía de Hollywood. (Se refiere a «Sunset Boulevard», con Gloria Swanson, William Holden y Eric von Stroheim, titulada en España «El crepúsculo de los dioses»).

—Bien, Jezzie, No te repito Ja pregunta de si volveremos a vernos en breve. Estoy seguro de que luego no vas a estar en la iglesia

—Yo también, Robin —confesó ella, bajando los ojos con un gesto amargo.

—Lo siento de veras. No puedo hacer otra cosa, entiéndelo.

—Te entiendo muy bien. Y te admiro. Adiós, Robin.

Se inclinó hacia él. Y le besó.

Esta vez fue un beso fugaz, casi un roce de labios. Sin embargo, Robin volvió a estremecerse y tuvo una terrible impresión cuando vio alejarse hacia el amplio jardín de la finca la esbelta y atractiva figura de la bella actriz.

Quizá era la última vez que la veía. Por un momento, fue una convicción plena.

Luego, Jezabel desapareció entre los setos y las plantas, y Robin Meyer puso en marcha su Jaguar rojo. Se encaminó a su propia vivienda, mientras la luz del día iba invadiendo ya definitivamente la ciudad.

Cuando llegó a casa, había un telegrama a su nombre con marchamo de urgencia. Lo abrió. Esperaba la noticia. Era breve:

> «Tío J. B. fallecido. Trasladaré cadáver a su ciudad natal, Los Angeles. Feliz boda. Dile a Jezabel que me reuniré con ella en Australia. Un abrazo,
>
> »Walter.»

Se acostó para dormir un par de horas, dejando caer el telegrama encima de una butaca. Cuando se levantó, eran las diez y media.

Se preparó con rapidez. A las once y media en punto estaba en la capilla católica de Santa Monica. El lleno era ya total. Estaban los invitados de honor, los curiosos, los fans, la prensa, la televisión y los noticiarios. Absolutamente todos.

Sólo faltaba ella, Jezabel Lawrence.

La esperó, seguro de que nunca llegaría. Dieron las doce. Las doce y cuarto. Las doce y media. La impaciencia, la expectación e incluso la desilusión iban en aumento.

A la una menos cuarto, alguien partió hacia su residencia al no responder el teléfono a las constantes llamadas hechas.

A la una y diez se sabía la tremenda, increíble noticia.

Jezabel Lawrence, ciertamente, nunca iría a su boda í por poderes con Walter Nordham. Pero no porque no quisiera ir o porque su repentino amor por Robin se lo impidiera.

Jezabel no se presentaría jamás en aquel lugar ni en ningún otro para ser la esposa de Walter, de Robin o de ningún otro.

Porque Jezabel acababa de ser encontrada sin vida en su residencia de Sunset Boulevard. Muerta de un posible colapso o algo semejante. Sin señales de violencia sobre ella. Como si durmiera.

CAPITULO III

—Muerta..., Dios mío, no.

—Lo siento, señor Meyer, El doctor Lorrimer fue llamado inmediatamente por Lorena Walker, la sirviente de confianza de la señorita Lawrence. Ella es quien se ocupaba de todos los asuntos de su señora. El doctor ha firmado ya el certificado de defunción. No habrá autopsia, lo ha asegurado. No es que la señorita Lawrence sufriese ningún mal crónico ni cosa parecida, pero es obvio que sufrió un repentino colapso, un ataque cardíaco que terminó con su vida en cuestión de segundos.

—Cuando menos, eso se evitará —suspiró Robin, todavía sacudido por el increíble mazazo—. No me hubiera gustado la idea de que a Jezabel Lawrence le hicieran la autopsia. Era demasiado hermosa para imaginaria tendida en una mesa del depósito, bajo el bisturí de un forense.

El informante asintió. Se trataba de un buen amigo de la fallecida actriz, un conocido representante de «estrellas» cinematográficas, Barry Skelton. El era quien había ido a la casa de Sunset y había regresado con la terrible noticia, mortalmente pálido.

Robín, en silencio, abandonó la iglesia, donde el revuelo era impresionante y los periodistas asediaban implacablemente a todos, buscando información, alusiones a Jezabel y cosas así. Robin no pudo eludir a algunos de ellos, pero escapó en cuanto le fue posible, por la puerta de la sacristía, sin haber respondido a pregunta alguna.

Estaba demasiado afectado, demasiado impresionado por el suceso para mantener una conversación normal con nadie. Se sentía como sacudido por una ráfaga de aire helado que le calase hasta los huesos. El aire frío de la tumba. El soplo escalofriante de la muerte.

Todo parecía imposible aún. La noticia era como un sueño, una atroz pesadilla de la que, tal vez un momento más tarde, despertaría sin remedio, encontrándose con Jezabel Lawrence tan hermosa y llena de vida como siempre.

Pero no. No era ninguna pesadilla. Era la realidad, la cruda y siniestra realidad. Apenas si había llegado a conocer a Jezabel Lawrence. Sólo unas horas. Y ya la amaba.

Sí. La amaba.

Ahora lo sabía. Ahora podía responderse a sus propias dudas e incertidumbres. Ahora, cuando ya era demasiado tarde para todo. Incluso para amarla.

Ella había sido más sincera, más leal. Le había confesado su amor. Un amor repentino, surgido súbitamente en su ser, en sólo unas pocas horas de mutuo contacto. Y él no había querido oírla, había rechazado de plano unos sentimientos que no podía admitir como amigo de su prometido: Se había negado a aceptar la realidad. Había querido mantenerse ciego y sordo a algo

que no sólo era cierto, sino que él mismo compartía aun a su pesar. Algo que ahora sentía profundamente, y le hacía desesperarse más ante el infortunio irreversible.

—Jezzie, Jezzie... —musitaba para sí ahogadamente, mientras su rojo Jaguar le conducía vertiginosamente hacía Sunset, a través del mediodía californiano, soleado y cálido, brillante y alegre, como si la muerte no existiera, como si de repente una persona no hubiera desaparecido para siempre, dejando tras de sí una huella imborrable—. Jezzie, ¿cómo pudo suceder? ¿Cómo...? Tuviste razón. No vendrías a la iglesia. Pero nunca sabré si fue tu amor hacia mí o la misma muerte quien lo evitó...

La residencia de Sunset aparecía aún desierta en sus alrededores. La noticia, no había corrido lo suficiente para lanzar encima la jauría de informadores y de curiosos. Solamente unos vecinos en el jardín, hablando con una joven alta, vestida sobriamente de gris, al lado de un macizo de azaleas.

Se aproximó Robin a la puerta, tras aparcar su coche en la avenida. Rápidamente, la joven de vestido gris dejó de hablar con aquellas personas, para ir con rápido paso hasta la puerta de la verja y comenzó a rechazar con energía:

—Lo siento, señor. No se admiten visitas. Le ruego que se retire...

—Soy Robin Meyer, señorita —la interrumpió él—. Amigo íntimo de Walter Nordham, prometido de la señorita Lawrence. Era quien tenía que apoderar a su futuro esposo en la boda, ¿recuerda?

—Oh, usted... —ella le miró con sus grandes ojos color café, que aparecían irritados y tristes, en medio de un rostro joven y bien parecido, intensamente pálido ahora—. Perdone, no podía saberlo... Entre, por favor.

—Gracias —pasó al jardín—, ¿Es usted la señorita Walker?

—Sí. Lorena Walker. Yo llevaba esta casa los asuntos, de Jezzie. Era como su secretaria, su amiga y ama de llaves, todo en una pieza —se le atraganto la voz, acaso por un nudo de emoción que le constó deshacer para añadir, más serena—: Comprenderá cómo me siento en estos momentos...

—Lo comprendo muy bien —caminó a su lado hasta reunirse con los vecinos agrupados en e! jardín. Eran cuatro personas, dos de cada sexo, y Robin reconoció vagamente algunos de aquellos rostros. Los había visto más de una vez en la pantalla del cinematógrafo, y también en la pequeña de la televisión. Eran «viejas glorias» de Hollywood, sin duda residentes en las cercanas y decadentes propiedades de Sunset Boulevard.

Lorena Walker hizo las presentaciones rutinarias, y Robin saludó a los demás, que sin duda debieron quedar algo defraudados de que el joven desconocido no les pidiera sus autógrafos, a juzgar por la expresión que pusieron.

—¿Quiere... quiere verla, señor Meyer? —ofreció Lorena con voz apagada.

—Sí, por favor —asintió él—. No será un trance agradable, pero me

gustaría...

—Le entiendo. Venga conmigo, se lo ruego. Disculpen, señores. Volveré en seguida.

Dejó a los vecinos reunidos en el jardín, y abrió paso hacia la vivienda, seguida por Robin Meyer. Este comentó, refiriéndose a los visitantes:

—¿Ellos no entran?

—No —suspiró la joven—. Tienen miedo a la muerte. Es el mutis definitivo para esas personas que sólo vivieron esclavas de su profesión, llegando a creer que son solamente lo que eran en la pantalla, y la vida un largo guión a interpretar, pero que tiene un final inevitable, y que a veces no es tan largo como parece.

—Es una bonita frase. Terrible, pero bonita —aceptó Robin, pensativo.

—No es mía —la joven se volvió a mirarle un instante—, A veces la citaba Jezzie. Siempre me gustó. En el fondo, sabía cómo eran sus colegas. Ella era diferente. Amaba su profesión, pero sabía separarla de su vida como simple ser humano.

—Sí, era una gran mujer. Y ahora...

Un profundo silencio siguió a su breve charla. Las pisadas de ambos resonaron ahora en el suelo embaldosado de un largo porche, hasta cruzar una puerta-balcón y encontrarse en un amplio living.

Al fondo, un corredor conducía al arranque de una escalera. Lorena Walker señaló hacia allí.

—Está arriba —dijo—. En dormitorio.

—¿Fue allí donde... ?

—Sí. Está tal como la hallé esta, mañana, al comprobar que, contra su costumbre, tardaba demasiado en levantarse. No era perezosa. Le gustaba disponer de tiempo suficiente para salir sin prisas de casa cuando tenía un compromiso. Siendo hoy su boda a las doce, me sor prendió que faltando sólo media, hora no ¡a hubiera oído moverse por la habitación. Pero a ella no le gustaba que nadie fuese a llamarla o importunarla sin motivo. Dudé bastante, y a las doce menos veinte no soporté más y llamé a la puerta. No me respondió nadie, y eso me alarmó. La puerta estaba cerrada por dentro, como era habitual. Grité su nombre repetidas veces, y al persistir el silencio, me sentí asustada. Salí a la terraza*del piso alto, y alcancé su ventana, que estaba cerrada. Miré por el cristal y la vi acostada, como profundamente dormida, Golpeé en la ventana, con igual resultado negativo, y entonces me decidí a romper un vidrio y abrir el postigo. Salté a la habitación y comprobé con horror que no podía hacer nada por ella. Ya estaba algo fría, y no había rastro de respiración o de palpitaciones en su corazón. Fue algo espantoso.

—Lo creo —se estremeció Robin—. ¿Se quedó entonces tal como debía estar mientras dormía?

—Seguro que sí. Tal vez le sorprendió durante el sueño. Su aspecto es tan apacible...

Llegaron al piso alto. Una puerta entornada era la meta de Lorena Walker.

Robin la siguió al interior.

Allí estaba Jezabel. En su lecho, como dormida.

Se acercó Robin con paso lento, sigiloso. Igual que si temiera despertaría. La miró largamente.

Seguía siendo hermosa. Serenamente hermosa. Muy pálida, tersa su piel, inmóvil como una estatua. Un largo vestido blanco envolvía su cuerpo. Como una novia que ya no se casaría jamás.

—Yo la vestí así —oyó la voz apagada de Lorena cerca de él—. Era de una de sus películas. Me pareció el más apropiado...

—Tiene razón —asintió Robin, sintiendo en su garganta el mismo nudo que antes ahogó la voz de la joven—. Está muy bella así. Tan dulce, tan espiritual. .

—Así reposará eternamente en su cripta.

—¿Cripta? —Robin se volvió, apartando sus ojos del bello cadáver—. ¿Tiene una cripta, un panteón familiar?

—No. Una cripta para ella sola, Para Jezabel Lawrence. Una cripta en los Campos del Cielo.

—En los Campos del Cielo... ¿Qué es eso?

—Un hermoso centro funerario, algo más que un vulgar cementerio. La gente importante, rica o famosa, va allí últimamente. Se ha puesto de moda. Es un lugar ideal para el reposo eterno. Lo visité un día con Jezzie. Estuvimos ambas de acuerdo en que era bellísimo, tranquilo y lleno de paz. Por eso Jezzie adquirió su cripta.

—Era muy joven para pensar ya en la muerte.

—Es lo que yo le dije. ¿Sabe qué contestó ella? Algo así como: «Nunca se es joven o viejo para morir. La Muerte no entiende de nada de eso. Sencillamente, llega y se la lleva a una sin preguntarle la edad.»

—Fue casi una premonición —se estremeció Robin—. Tal vez intuía su final, o sabía que estaba enferma y no quiso decirlo.

—El doctor Lorrimer es su médico de cabecera y nada sabía en ese sentido, aunque a veces la había tratado de agotamiento por su trabajo. Al verla muerta recordó tan sólo que en dos o tres ocasiones le había recomendado descansar, para no forzar tanto su organismo. El cree que la excesiva tensión y la entrega de Jezzie a su tarea., pudo provocar el colapso.

Robin miró a Jezzie una vez más. No pudo reprimir su impulso. Se inclinó sobre el cadáver y depositó un beso en su mejilla. Estaba fría y tersa como si fuese mármol. Se irguió, apartándose con rostro ensombrecido.

—Discúlpeme —dijo con voz sorda—. La conocí anoche. Sólo unas horas traté a Jezzie. Y fueron suficientes. Creo..., creo que me enamoré de ella.

—No me sorprende —suspiró Lorena Walker contemplando largamente a su patrona y amiga—. Ella era capaz de eso y de mucho más, señor Meyer. Esta mañana llegó muy tarde para ser el día de su boda. La oí llegar. Pero se encerró pronto en su habitación. ¿Estuvo todo el tiempo con usted?

—Sí. Yo la acompañé hasta aquí.

—Imaginaba que estuvo con sus amistades del mundo del teatro —comentó Lorena, mirando a Robin de un modo peculiar—. Nunca pasaba una noche entera fuera de casa con un hombre. Y menos aún con uno casi desconocido, aunque fuese amigo de su prometido.

—No bebió mucho. Bailamos, cenamos algo, reímos y charlamos, eso fue todo. El alcohol no pudo dañarla.

—No me refería a eso. Claro que no pudo ocurriría esto por trasnochar. Lo qué me sorprende es que intimara con usted tan rápidamente, señor Meyer. ¿Sabía usted que ella no estaba enamorada de Walter Nordham?

—No. No podía saberlo.

—Pues es la verdad. Iba a casarse por no defraudar a su prometido. Se había visto comprometida con él casi sin darse cuenta. Y pensó que era tarde para volverse atrás, causando un daño así a un hombre sensible y enamorado.

—No me habló de ello.

—Era muy reservada en ciertas cosas —Lorena seguía mirándole—. Pero estoy segura de que usted la impresionó por alguna razón.

—¿Por qué dice eso? —Robin se sintió incómodo bajo la escudriñadora vigilancia de aquella astuta joven.

—Simple instinto de mujer —suspiró la muchacha— Además, conocía mucho a Jezzie. En fin, ¿a qué hablar ya de eso? Todo ha pasado ya definitivamente. Vamos, ¿quiere que salgamos ya?

—Sí —caminó hacia la puerta. Se volvió a mirar una vez más a la hermosa muchacha sin vida, reposando rígida en su lecho de muerte, con apariencia de un sueño tranquilo y lleno de paz—. Vamos, por favor.

Salieron al jardín. Robin pestañeó al recibir el sol en el rostro. Había ya gente al otro lado de la valla. Y un coche de la policía parado ante la casa. Los dos agentes de patrulla impedían el acceso a los curiosos. Lorena comentó con amargura:

—Ya llega la plaga. Son como buitres. Acuden siempre al olor de la muerte o del escándalo.

—Me gustaría no ver a nadie —comentó Robin—. Sí son gente que estuvo en la iglesia, recordarán que yo era el que representaba al novio. No tengo ganas de responder a preguntas estúpidas.

—Le comprendo muy bien —asintió la joven—. Me gustaría poder hacer lo mismo. Rodee la casa. Encontrará un doble seto en torno a una pista de tenis y una piscina. Más allá encontrará una puertecilla posterior en la verja. Sólo se abre desde dentro. Puede utilizarla. Da a un pasaje solitario, entre altos setos y una tapia de ladrillos, que conduce a Hollywood Avenue, Nadie I le verá.

—Gracias —puso una mano en el brazo de la joven, | afectuosamente—, No le voy a decir palabras de condolencia vacías y de rutina, señorita Walker, Usted debe darse cuenta de lo que siento en estos momentos,

—Claro. Me doy más cuenta de lo que supone —asintió ella, mirándole con simpatía—. Ya le dije que tengo instinto para ciertas cosas. No necesita

decir nada, señor Meyer, ¿Nos veremos?

—Sí. Estaré en el funeral. Acompañaré a Jezzie hasta esos Campos del Cielo cuando la conduzcan allí, palabra, Es ya lo único que puedo hacer por ella.

—Cierto. Buenos días, señor Meyer,

—Buenos días, amiga mía

Salió al pasaje indicado, donde el aire era embalsamado y tranquilo. Numerosos pájaros canturreaban por las arboledas. Dando otro rodeo, alcanzó su Jaguar rojo, en tanto crecía la multitud apiñada ante la residencia.

Se alejó de allí sin ser advertido.

—Son como buitres... —murmuró entre dientes, recordando las palabras de Lorena Walker, la amiga y colaboradora de Jezabel.

CAPITULO IV

El avión acababa de posarse en la pista de aterrizaje. Robin encendió un cigarrillo, paseando nervioso por la sala de espera del aeropuerto. Vio a unos hombres ataviados con uniforme gris oscuro y botones plateados, dirigirse gorra en mano al exceso de equipajes, donde se detuvieron a hablar con un funcionario de la compañía aérea. Fuera, en el aparcamiento, una furgoneta gris oscura, esperaba. Llevaba una cruz rematando su cabina delantera.

En aquel avión no solamente venía Walter Nordham, de regreso de Nueva York. Traía consigo el cuerpo de su tío, F. B. Nordham para sepultarlo en Los Angeles. Con el funcionario de la compañía de navegación aérea, estaba también un miembro de Salubridad con unos certificados. La furgoneta y los hombres de gris, pertenecían sin duda a Ia, empresa funeraria encargada de los demás trámites.

Era un constante ir y venir entre la muerte, pensó Robin con amargura. Aquella misma mañana, en una residencia de Sunset Boulevard, ante el cuerpo sin vida de Jezabel Lawrence. Ahora, en el aeropuerto, ya de madrugada, esperando la llegada de dos miembros de la familia Nordham, uno de ellos en un ataúd de metal, precintando por las autoridades sanitarias de Nueva York.

Walter nada sabía de lo ocurrido en Los Angeles. Imaginaba a su prometida ya convertida legalmente en su esposa, camino de Australia, o quizá ya allí, en su tierra natal, esperando su debut teatral en Sidney.

No iba a ser un buen recibimiento el que tenía que dispensar a su amigo en estos momentos. Pero era su segundo trance penoso en pocas horas, y tenía que afrontarlo.

Walter le vio en seguida, mientras controlaba el traslado del féretro, desde el avión a un departamento especial en el que Salubridad y las autoridades de California revisarían la documentación y la sellarían, antes de autorizar el definitivo traslado del cadáver al centro funerario correspondiente.

Agitó su mano jovialmente, pese a vestir de luto y mostrar un rostro sombrío, y luego corrió hacia él, tras dar rápidas instrucciones a un hombre que le acompañaba portando una voluminosa cartera de mano.

—¡Robin, amigo mío! —Gritó, lanzándose en sus brazos—, Ven, vamos a charlar por ahí mientras se cubren los trámites reglamentarios para la entrada del cuerpo de mi pobre tío en Los Angeles. Ya sabes cómo son estas cosas. Papeleo y más papeleo, pero de todo se encargará Mortimer, el secretario de mi tío, ese hombre de aire fúnebre que viene conmigo. Es muy eficiente y activo.

Le empujó materialmente hasta unos asientos en la sala de espera, algo apartados de donde se agrupaba mayor número de personas, dejó su maletín en el suelo y aferró sus brazos, mirándole con ansiedad.

—Y bien, dime algo, por el amor de Dios —le pidió— Cuéntame. ¿Cómo

fue esa boda, Robin? ¿Estaba guapa Jezabel? ¿Fue una ceremonia brillante? ¿Está ya en Australia o sólo de viaje? Vamos, cuenta, cuenta, tienes que decirme muchas cosas...

—Espera un momento, Walter. Deja que te exprese mi pesar por lo que tu tío antes de nada —trató de tomarse tiempo Robin,

—Oh, pobre tío F. B, Ya te dije que era inevitable. Cuando yo llegué, aún vivía, pero duró poco más de dos horas. Creo, sin embargo, que me reconoció y le confortó mi presencia a su lado en esos mementos. Pero dejemos eso ahora, Robín. Es penoso, pero tenía que ocurrir. Lo que quiero saber es lo demás, lo que ponga una nota feliz en este trance. Jezabel. Ella es la que cuenta ahora. ¿Cómo fue todo?

—Verás, Walter, las cosas no fueron como tú supones... —comenzó Robin, eligiendo cuidadosamente las palabras.

—No te entiendo —parpadeó Walter Nordham, perplejo—, ¿Algo fue mal?

—Sí, ésa es la palabra. Algo fue mal, Walter.

—¿Qué, exactamente? ¿No fue brillante la boda? ¿No simpatizasteis Jezabel y tú? ¡Oh, por Dios, me tienes sobre ascuas! Dime lo que sea, Robin. Date cuenta de que ahora no te pregunto por mí novia, sino por mi esposa...

—Walter, ella, Jezabel... siempre será solamente eso: tu novia.

—¿Qué quieres decir? Ella..., ella no puede haberse negado a...

—Espera, Walter. No preguntes nada más. Yo te lo voy a contar todo. Absolutamente todo. Empezaremos por lo fundamental. Por lo inevitable. Walter, tienes que saber que tu prometida, Jezabel Lawrence...

Y se lo dijo.

* * *

Robin encendió su enésimo cigarrillo y apuró una copa de brandy. También había perdido la cuenta de éstas. Pero le ayudaban a sobrellevar el nuevo trance.

Allí estaba Walter. Hundido, aplastado, roto. No era ni su sombra. Solamente un triste y pobre espectro. Aún no había reaccionado.

El silencio pesaba, ya como una losa en la sala del aeropuerto. Hacía tiempo que la furgoneta se había llevado el cuerpo de F. B. Nordham hacia la funeraria, para proceder al otro día a su definitiva inhumación en Los Angeles.

Pero Walter no fue capaz de ir con él. Ni de moverse de allí. Sentado, más bien hundido, en uno de los sotas de la sala, frente al bar, parecía tan lejano corno si ni siquiera estuviese allí.

Pronto amanecería, y Walter no mostraba trazas de reaccionar. El golpe había sido demasiado brutal, Regresar con el cadáver de un tío carnal, para encontrarse con que la novia que uno supone casada ya por poderes, también está muerta, era un impacto demasiado fuerte para un hombre. Sobre todo si

ese hombre era débil e impresionable, como Walter Nordham.

—Tienes que reaccionar, Walter —le dijo al fin Robin, sentándose junto a él—. Ha ocurrido y hay que aceptarlo así. No puedes desmoronarte por ello, por fuerce que sea. En estos momentos es cuando hay que sacar fuerzas de flaqueza.

—No puedo, Robin, no puedo —casi sollozó Walter amargamente.

—Te comprendo muy bien. Apenas si llegué a conocer a Jezabel, y, sin embargo, ha sido como perder a alguien muy querido. Es diferente lo tuyo, lo sé—¿lo era realmente?, se preguntó Robin a sí mismo—. Pero ahora hay que afrontar todo esto. Tienes que venir conmigo. Te llevaré a su casa. Tienes que verla. Luego, mañana, será el funeral. Y tienes que asistir,

—Dios mío, Robin, ayúdame —imploró patéticamente Walter, alargando sus brazos y aferrando una mano de su amigo con frenética ansiedad—, i Necesito a5ruda, yo no puedo afrontar esto sintiéndome solo!

—Claro que te ayudo y te ayudaré. Estoy a tu lado, Walter. Estaré en todo momento. Por eso te pido que reacciones, que hagas algo. Mi coche espera ahí. Te conduciré a Sunset. Has de venir conmigo.. Ahora mismo, ¿está claro?

—Sí, Robin —la energía de su amigo parecía darle los ánimos que a él le faltaban—. Sí, vamos ya. Y perdona mi debilidad.,,

—No seas tonto. Si no fueras débil, no serías humano.

Le condujo al exterior. Clareaba en la distancia. Su reloj marcaba las cinco y media de la mañana. En esta época del año amanecía pronto.

Llegaron a Sunset cuando ya había luz del día, aun que el sol estaba algo nublado. Los curiosos seguían alrededor, merodeando como si no tuvieran otra cosa que hacer,

La policía les permitió pasar, tras identificarse ambos, y comunicar un agente con él interior de la casa por" teléfono. Sin duda, Lorena Walker dio la autorización. Numerosos curiosos y reporteros intentaron aprovechar la ocasión, pero fueron dispersados por los agentes de servicio.

Lorena les recibió a ambos en el living de la planta baja. Walter estalló en sollozos al verla, y Lorena apretó los labios, controlando sus emociones. Miró a Robin, que permanecía impasible, a un lado.

—Serénese, señor Nordham —dijo la joven—. Venga conmigo, por favor.

Subieron a la planta alta. Robin optó por permanecer abajo, fumando en silencio, la mirada perdida en el jardín. Paseó por la estancia. Se detuvo, con un estremecimiento, ante algo que no había visto antes, en su primera visita a la casa.

Un retrato de Jezabel. Grande, enmarcado en dorado, sobre la repisa de una chimenea apagada, tal vez sólo decorativa. Un retrato al óleo. Era admirable el parecido, la vitalidad que despedía aquel cuadro. El rojo cabello, los verdes ojos, la piel suavísima de Jezzie, parecía resaltar, salirse de las dos dimensiones unidas del cuadro, para tomar una tercera que les diese corporeidad y vida propias.

—Jezzie..., querida —susurró Robin, a solas con el recuerdo de ella—.

Más que Walter, quizá, lo siento yo. Pero debo dominarme y lo hago. Debo silenciar lo que sentí por ti... y lo hago. Haría más daño aún a Walter si él supiera... Jezzie, es un sentimiento atroz posiblemente, pero..., pero sigo amándote incluso ahora, después de... después de irte...

Sabía que era un sentimiento necrofílico. No se puede amar a una muerta, Sólo recordarla con amor, en todo caso. Sin embargo, él no podía dominar ese sentimiento suyo, profundo y avasallador.

Arriba sonaron sollozos ahogados, un grito ronco, palabras susurradas por una voz de mujer. Lorena tenía que afrontar ahora la debilidad y el dolor de Walter. La visión del cadáver era demasiado para él.

Robin se apartó del cuadro. Trató de no mirarlo de nuevo. De repente, notó que no estaba solo. Y esta vez no era una vaga impresión como la que se desprendía de aquel lienzo. Era algo más físico, más real.

Se volvió.

El hombre le estaba mirando fijamente, desde el umbral del jardín. Le sorprendió que hubiese entrado sin ser requerida la autorización de Lorena. Se trataba de un individuo grueso, de expresión risueña, mofletes rojizos y cabellos entre rubios y canosos.

—Creo que no nos conocemos, ¿verdad? —habló el desconocido. 1

—Eso creo. ¿Es usted periodista o familia de la casa?

—Nada de eso —sonrió vagamente, meneando la cabeza en sentido negativo—. Soy Paul Lorrimer, médico de cabecera de la señorita Lawrence.

—Oh, el doctor Lorrimer... Ya me hablaron de usted. Yo soy Robin Meyer, amigo de la difunta y de su novio, Walter Nordham.

—Encantado de conocerle, señor Meyer —se inclinó, cortés, el médico—. Ha sido un terrible golpe para todos, ¿verdad?

—Tremendo. ¿Hace mucho que era su paciente?

—¿La señorita Lawrence? Desde que se inició como actriz. Una gran mujer. Inteligente, sensible... y llena de salud, además.

—Sí, eso me pareció. Sin embargo, ahora está muerta.

—Así ocurre con las cosas del corazón. San repentinas,

—¿Ella padecía algo del corazón?

—Que yo sepa, no. Pero no es preciso haber sufrido antes del corazón para que se presente un colapso o un infarto. En nuestros días eso se da con mucha frecuencia. Y Jezabel Lawrence trabajaba en exceso. La tarea de actriz pone a dura prueba el ritmo cardíaco, señor Meyer.

—Lo supongo. De no haber sido por usted, quizá le hubieran hecho la autopsia...

—En efecto. Cualquier médico se negaría a certificar la defunción sin evidencias claras. Sobre todo estando rota la ventana, forzada desde la terraza.

—Creo entenderle. Lo hizo Lorena Walker para entrar.

—Lo sé. Ella me lo dijo. Pero no siempre es la verdad lo que se dice —suspiró el médico—. Imagine que alguien hubiera querido envenenar a Jezabel Lawrence, haciendo parecer la muerte un ataque cardíaco... Al estar

cerrada la estancia, entraría por la ventana, administraría el veneno a la víctima y se marcharía, inventando una historia plausible,

—¿Está insinuando alguna sospecha acerca de Lorena Walker?

—No, no —sonrió el doctor Lorrimer—, Simplemente, le mostraba lo fácil que es sospechar de algo o de alguien, si no quiere extremar las precauciones. Lorena Walker es una chica de confianza, no hay evidencias de veneno alguno en la víctima, aunque existen tóxicos que dan exactamente la apariencia de muerte por colapso. Pero un médico ajeno a la casa nunca se hubiera comprometido a una cosa así sin estar plenamente seguro.

—¿Y usted no lo está, doctor Lorrimer?

—Mi querido amigo, nadie puede estar nunca seguro de nada. Sólo he intentado que el bisturí no destruya esa belleza. Jezabel había mencionado a veces que no le gustaría morir en un accidente o en circunstancias dudosas, por no sufrir su cadáver la autopsia. Tenía verdadero horror a este trámite. En realidad, estaba orgulloso de su belleza y sería feliz ahora, sabiendo que esa belleza se conservaba intacta en su viaje al otro mundo.

—No teniendo familiares cerca de ella, ¿a quién irán a parar sus bienes?

—Soy médico, no abogado, señor Meyer. Pero supongo que a Lorena Walker. Que yo sepa, Jezabel Lawrence no tenía parientes. Ni aquí ni en Australia, donde nació —le miró curiosamente, con cierta malicia en su rostro gordinflón—. ¿Qué está pensando? ¿Sospecha usted de esa joven?

—¿Sospechar? Oh, no —rechazó vivamente Robin—. ¿Cómo podría imaginarme yo que esto fuese... un homicidio, doctor?

—¿Y por qué no imaginarlo, señor Meyer? —sonrió enigmáticamente el doctor Lorrimer, sentándose en un sofá,

Robin no llegó a responder a su inquietante pregunta. Ya descendían nuevamente Lorena y Walter, Este venía llorando.

Con una vaga sensación de malestar, dejada en su persona por las palabras sibilinas del doctor Lorrimer, Robin acudió en ayuda de su amigo.

—Vamos, vamos —le confortó, tomándole por los hombros—. Serénate, Walter. Es preciso que te rehagas, que tengas valor...

Lorena fue a hablar con el médico, y ambos hombres se quedaron junto al corredor que conducía a las escaleras. Cuantas palabras utilizaba Robin para confortar a su amigo, parecían totalmente inútiles.

Tardó bastante Walter en recuperarse ligeramente. Incluso recordó que tenía que ir a la funeraria para firmar ciertos documentos sobre la inhumación de su tío y Robin se ofreció a ir con él,

—Pero quisiera estar aquí hasta que..., hasta que se lleven a Jezzie —musitó Walter Nordham, angustiado,

—Estaremos de vuelta en breve —prometió Robin—. Pero necesitas ocuparte también de tu tío, desgraciadamente, y esos trámites no los puede hacer nadie que no seas tú. Nos ocupará poco tiempo, ya verás. Combinaremos los horarios de ambos funerales para que te sea posible asistir a las dos ceremonias, ¿Cuándo es la inhumación de la señorita Lawrence? —

preguntó, volviéndose a Lorena.

—A las tres de la tarde —informó ésta, dejando de hablar con el médico.

—En ese caso, Walter, tenemos que disponer las cosas para que la inhumación de tu tío se haga a mediodía, si es posible, Apresurémonos en dejar eso arreglado.

Salieron de la casa, prometiendo regresar pronto. En el jardín, Robin alzó la cabeza de modo instintivo, mirando al piso alto. El vidrio roto, en una ventana, era visible desde allí. Frunció el ceño. Se había roto de un golpe seco, quedándose astillado. Recordó las palabras del doctor Lorrimer, la explicación aparentemente sincera de Lorena Walker... y empezó a sentir dudas.

Eran unas dudas horribles, porque implicaban una sombra de sospecha realmente siniestra. ¿Sería un error sepultar a Jezabel sin autopsia? ¿Fue la suya una muerte normal, por causas naturales?

Mala cosa era sentir esa duda, pensó Robin. Pero no podía evitarla. Y le acompañó durante toda la mañana, incluso cuando el abatido Walter estaba firmando unos documentos, en presencia de Mortimer, el secretario de su difunto tío, en la empresa funeraria donde reposaba el féretro de J. B. Nordham, a la espera de su traslado al cementerio.

—¿Qué cementerio han elegido para sepultarle? —preguntó Robin, calculando mentalmente ¡as posibles distancias para compaginar el horario de ambos funerales.

—Uno muy especial —explicó Mortimer alzando la cabeza—. Está en Lakewood Village. Se llama Los Campos del Cielo.

—Los Campos del Cielo... —sorprendido, Robin alzó su cabeza—, ¿Por qué ahí?

—Porque así estaba dispuesto ya cuando llegué yo a Nueva York —terció Walter, tras haber estampado su última firma—, ¿Ocurre algo con él, Robin?

—No, nada. Es curioso, simplemente.

—¿Qué es lo curioso?

—Que Jezabel... también va a ser sepultada en Los Campos del Cielo.

—¿Sí? —Walter mostró su asombro—, ¿Por qué allí?

—Es lo mismo que yo pregunté respecto a tu tío —suspiró Robin—. Ella tenía una razón de peso. Había adquirido allí, en propiedad, una cripta funeraria. Creí que lo sabrías.

—¿Jezabel en una cripta? —Ia incredulidad era tan grande en Walter, que incluso borró su expresión de dolor y desesperación por unos momentos—. Cielos, si no quería ni oír hablar de la muerte... Le causaba horror. Ella es la última persona en el mundo a quien hubiese imaginado comprando una sepultura para sí misma,

—Pues lo hizo. Lorena Walker es testigo.

—Si Lorena lo dice... —Walter se encogió de hombros—. Pero no puedo creerlo.

Robin no dijo nada. Se mordió el labio inferior, pensando en algo que no

entendía, y cuando Mortimer dijo que todo estaba listo para iniciar la inhumación a las doce en punto, el joven miró su reloj, comprobó que aún disponían de más de tres horas, y se encaminó a la salida de la empresa fúnebre.

—¿Te quedas, Walter? —preguntó—. Yo tengo algo que hacer ahora.

—Creí que volveríamos a Sunset en seguida —se quejó Walter, patético.

—Cierto. Iremos allí un momento. Ahora recuerdo que me dejé allí mi encendedor. Y luego iré a hacer esa gestión, para reunirme contigo antes de las once.

—No dejes de hacerlo, Robin. Te necesitaré en ambas ocasiones...

—Tienes mi palabra, Walter. Sabes que no te voy a fallar en esto.

Subieron al Jaguar y partieron de regreso a Sunset. Cuando llegaron, había algunas visitas en la casa. Le presentaron a un hombre alto, delgado y canoso, a quien ya viera antes en la fallida boda. Era un productor cinematográfico importante, un hombre muy rico y prestigioso en Hollywood. Había producido la última película rodada por Jezabel Lawrence, e iba a rodar otra en breve con ella. Parecía desolado, y no sólo por tener que buscar otra «estrella» para su filme.

—Mi encendedor no aparece —comentó Robin ante Lorena y Walter—. Tal vez se me cayó arriba, cuando fui a ver a Jezzie. Lo llevaba en el bolsillo del pantalón, y al inclinarme pudo caer bajo la cama.

—¿Quiere que suba a verlo? —se ofreció Lorena.

—No, gracias. Ya iré yo. Así, de paso, me despediré de ella para siempre... —murmuró Robin, saliendo con rapidez de la estancia. Subió las escaleras y entró en el dormitorio. Un escalofrío recorrió su espina dorsal ante la visión de la durmiente.

La contempló en silencio, absorto. La sensación de dormir era tan vivida, que sólo acercándose a ella y comprobando su cérea palidez y la inmovilidad total de su ser, comprendía uno que aquél era el infinito sueño de la muerte y no otro.

Se agachó, pero no bajo la cama, sino junto a la ventana rota, cuyos vidrios aún yacían en la moqueta, al pie de la misma, y hasta se veían brillar pequeños fragmentos cerca del lecho. En ningún momento había pensado en buscar el encendedor, por la sencilla razón de que lo llevaba en su americana.

Sus ojos escudriñaron la moqueta. Los dedos rozaron el tejido azul, por encima de los vidrios rotos. Sus ojos se entornaron, con un repentino destello de astucia.

Alzó los dedos, contemplándolos a la luz solar.

Se habían adherido a ellos unos fragmentos de vidrio, Pero éstos eran infinitamente más delgados y frágiles que los de una ventana, Y tenían una leve forma curva. Eran como los fragmentos que quedan después de romper una pequeña ampolla.

Pensativo, contempló el cadáver de Jezabel. Aquellos fragmentos de vidrio fueron a parar a su pañuelo, que dobló cuidadosamente. Se inclinó junto a la

cama por el lado de la ventana. Encontró otros tres o cuatro fragmentos de aquel vidrio quebradizo y delgadísimo. Los puso con los anteriores.

—¿Ha encontrado su encendedor, señor Meyer?

Casi se sobresaltó. Rápido, guardó el pañuelo con los vidrios, incorporándose de un salto. Forzó una sonrisa convincente, afirmando enfático:

—Oh, sí, sí, señorita Walker. Estaba ahí, como imaginé. Pero me he rozado con uno de los vidrios rotos y creí que sangraba. Por fortuna ro es así. Sólo me arañé la piel.

—Debía haberlos recogido, pero es en lo último que hubiera pensado en estas circunstancias, —¿Era imaginación suya, o Lorena le estaba mirando con una fijeza llena de suspicacias?— Lamento que haya estado a punto de cortarse. Subí a preguntarle porque creí recordar que había usado usted su encendedor abajo, después de estar aquí. Sin duda estaba yo equivocada,

—Sin duda —sonrió Robin con gran serenidad y aplomo—, Porque estaba ahí, como yo suponía.

Y lo mostró con aire triunfal, encaminándose a la salida de la cámara mortuoria. Antes dirigió una última mirada a la mujer sin vida que allí reposaba, Lorena salió con él, como si le escoltase. Robin se dijo que tenía la desagradable impresión de estar vigilado.

Abandonó la casa, prometiendo a Walter regresar lo antes posible. Su rojo deportivo se alejó de allí hacia Wilshire, a no excesiva velocidad.

—Dios mío —murmuró Robin para sí, con la mirada fija en el tráfico matinal—. ¿Será posible que el doctor Lorrimer haya firmado algo que no cree, sólo por proteger la belleza de Jezabel después de muerta? ¿Miente Lorena Walker o ha dicho toda. la verdad? ¿Por qué le preocupa que alguien visite a solas la habitación del cadáver? ¿Qué significan esos otros vidrios mezclados con los de la ventana?

Eran muchas preguntas sin respuesta. De repente, no sólo la muerte misma de Jezabel significaba por sí sola algo tremendo, sino que las sospechas de una causa siniestra oculta bajo lo aparentemente normal, empezaban a ensombrecer más aún la situación.

Bastaría, quizá, que él formulase una denuncia ante la policía para que el forense dictase orden de autopsia, sin aceptar el certificado extendido por el doctor Lorrimer. Pero si nada aparecía en tal autopsia, él sería el responsable y, como tal, procesado por falsedad en sus acusaciones y hasta por calumnia contra un médico.

Quizá era preferible permitir que Jezabel fuese enterrada en su cripta. Siempre habría tiempo de una exhumación, siempre que al juez se le presentaran evidencias razonables. Y si Jezabel había sido víctima de alguien, él iba a ocuparse de buscar esas pruebas aunque fuese en el infierno.

—Frente a la muerte, nada puedo hacer. Pero sí una mano siniestra ha atentado de alguna forma contra ella, sea quien sea, yo lo descubriré —se prometió a sí mismo Robín, deteniendo su coche ante unos laboratorios de un

viejo amigo suyo. Entró en el edificio, y a! salir ya no llevaba consigo el pañuelo con los misteriosos vidrios curvos. Se quedaban allí para ser analizados minuciosamente por el químico amigo suyo.

Rodó después hacia unas oficinas cuyas señas trató de localizar en una guía telefónica, con resultado positivo. Poco más tarde, Harry Skelton, todavía pálido y sombrío, le recibía en su despacho de representación artística, situado en un lujoso edificio de Broadway, chaflán a Olimpo, no lejos del City Hall de Los Angeles.

— ¿Usted? —Se sorprendió Skelton, mirándole fijamente—, Creí que no le vería hasta el funeral. Acabo de saber por teléfono que será a las tres de la tarde.

—En efecto, señor Skelton. Pero antes quería hablar con usted.

—¿Acerca de qué? ¿Le interesan los asuntos artísticos acaso?

—Acerca de una cliente suya: Jezabel Lawrence.

—¿Ella? —meneó la cabeza de un lado a otro—. No sólo era mi cliente, sino una amiga. Represento a muchos artistas de cine, teatro y televisión. Pero ninguno es como era ella. ¿Qué quiere saber de Jezabel, señor Meyer?

—Algo que tal vez usted pueda explicarme mejor que nadie. Como representante legal de ella en los negocios del espectáculo, tal vez la conociera más a fondo que otras personas.

—La conocí bien, en efecto. Pero ¿por qué le preocupa saber algo de Jezabel?

—No sé. Alguien, quizá una lengua perversa, me insinuó que ella pudo haberse suicidado —mintió fríamente Robin.

—¿Suicidarse Jezabel? —Abrió la boca Skelton con asombro—. ¡Cielos, no! Eso nunca. La persona que dijo eso no la conocía o tiene demasiado veneno en su lengua. Jezabel amaba la vida. Era joven y quería seguir siéndolo. Creo que hubiera dado algo por poder disfrutar de vida eterna. Y de juventud eterna, claro está. Una criatura pujante y vital, así era Jezabel. Jamás se hubiera suicidado.

—¿Ni aun padeciendo un mal incurable?

—Ni aun así. Pero ella tenía una salud espléndida. Aún no he logrado comprender cómo pudo sufrir un colapso mortal.

—El doctor Lorrimer dice que cualquiera puede sufrirlo, aun estando sano.

—Yo no tengo ninguna fe en el doctor Lorrimer.

—Jezabel parecía tenerla...

—Claro. Era su médico desde hacía tiempo. Pero tampoco se fiaba demasiado de él. Sólo que era demasiado buena chica para despedir a su médico y coger a otro. Lo cierto es que, sin embargo, en los estudios se hacía visitar por el médico de la productora, el doctor Quayle. Por éste sé que su salud era espléndida, a excepción de los naturales nervios que padecía mientras rodaba una película, Jezabel era muy nerviosa, pero nada más, Y nadie se muere de nerviosismo.

—Para ser una mujer sana, resultaba muy previsora de cara a su muerte.

—¿Qué quiere decir con eso? —arrugó el ceño Skelton.

—Tiene una cripta en propiedad. Una tumba de lujo en un sitio de lujo: Los Campos del Cielo.

—¡Los Campos del Cielo! —exclamó Skelton, admirado—. Esa especie de festival de la muerte, esa monstruosidad ideada para ricos y extravagantes... No puedo creer que Jezabel adquiriese una sepultura en semejante lugar. Ni en ningún otro.

—Pues es la verdad. Tiene su título de propiedad y va a ser inhumada allí.

—Me deja usted atónito, amigo mío. O nunca conocí lo bien que creía a Jezabel, o algo la hizo cambiar de repente y la volvió distinta a como siempre había sido.

—Tal vez fuera eso. De todos modos, parece estar muy de moda ese cementerio. El tío del prometido de Jezabel. F. B. Nordham, también va a ser sepultado en Los Campos del Cielo, por voluntad del propio difunto.

—Eso no me extraña. Un millonario chiflado haría tal cosa, pero Jezabel... Cielos, no puedo entenderlo. ¿Usted conoce Los Campos del Cielo?

—No —sonrió pon agrio humor Robin—, No acostumbro a visitar cementerios.

—Yo tampoco. Pero he pasado ante él con mi coche en ocasiones, cuando iba a Disneylandia. Está de paso hacia allá. Es algo horrible.

—Yo tenía entendido que era todo lo contrario. Hermoso y apacible.

—Depende de la idea que se tenga de la hermosura y de la paz, señor Meyer, Aquello es un pastiche de mal gusto, ostentación, lujo macabro y falsedad cinematográfica. Pero a la gente excéntrica debe encantarle tener allí un suntuoso panteón, mientras suena música religiosa por doquier, corren canales de agua entre jardines, y de vez en cuando, una voz mística entona salmos y pronuncia frases bíblicas a través de un sistema de alta fidelidad impecable. A eso no le llamo yo un cementerio, sino un escenario grotesco para comercializar la muerte y hacer de cada funeral una farsa cara y execrable.

—¿Quién explota semejante negocio?

—No lo sé, ni me importa. Alguna sociedad anónima que ha convertido la muerte en mercancía rentable. Por eso me sorprende que una persona tan equilibrada y sensata como Jezabel adquiriese una sepultura en semejante lugar. Aparte de que, por su horror a la sola idea de morir, nunca imaginé que pensara en hacer algo así.

—En eso parece estar usted de acuerdo con otras personas, señor Skelton. Gracias por todo, y buenos días. Nos veremos en el funeral.

—Claro —le estrechó la mano, torciendo el gesto—. Y eso que tener que ir a Los Campos del Cielo no me seduce lo más mínimo. Pero todo sea por la pobre Jezabel...

Robin se despidió del representante artístico de las «estrellas» de Hollywood. Momentos después, su coche rojo enfilaba la carretera hacia Disneylandia. Pero se detuvo antes en Lakewood Village, exactamente.

Ante un recinto grandioso y amplio, un área privada llamada Los Campos del Cielo.

CAPITULO V

La música del Mesías de Haendel le acompañó camino de las oficinas de Los Campos del Cielo. Surgía el sonido de todas partes. De entre los altos cipreses, los cuidados setos, los floridos jardines y las grandes estatuas de piedra blanca, representando ángeles y motivos religiosos. No vislumbró ni una sola sepultura en todo el trecho, como si el cementerio propiamente dicho estuviera en otro punto de aquel recinto, quizá detrás de los montículos de verde hierba y arboleda salpicadas de rumorosos arroyuelos artificiales, que delimitaban la vista más allá del limpio y blanco edificio con remembranzas clásicas griegas que se alzaban en medio de una rotonda.

Todo allí daba la impresión de un gran decorado para rodar Cecil B. De Mille. Skelton tuvo razón. Era todo lo kitsch puesto al servicio de un falso concepto de la grandiosidad y de la solemnidad.

Pero parecía un negocio saneado. Muy saneado. El interior del recinto era todo de mármol, y en su interior se escuchaba la misma música religiosa del exterior. Terminó Haendel antes de llegar a recepción, y comenzó Juan Sebastián Bach con su Tocata y Fuga en re menor.

Una bella joven vestida de negro y violeta, con falda corta sobre los muslos, le sonrió, apareciendo en una puerta sin producir ruido. Las medias que enfundaban sus bonitas piernas eran color humo, y los zapatos de alto tacón, color violeta.

—Buenos días —saludó con voz gentil y estereotipada—, ¿En qué podemos servirle, señor?

—Soy el prometido de una joven fallecida repentinamente y que ha de ser sepultada hoy aquí. Jezabel Lawrence es su nombre. ¿Puede indicarme cuál es su sepultura y en qué fecha la adquirió? Ella nunca me habló de ello, y hoy me ha sorprendido saber que posee aquí una cripta en propiedad...

—Un momento, señor —la sonrisa permanecía perenne en aquel rostro joven y bien maquillado. Pulsó un botón de una mesa cercana, y se irguió—. La señorita Doyle se ocupa de esas cuestiones de propiedades. Ella le atenderá.

Se ausentó la bella empleada, permitiendo ver a Robin lo bien formado de su trasero mientras cimbreaba sus caderas en un paso rítmico y provocativo, nada en consonancia con el ambiente fúnebre del lugar.

—¿Me requería para algo, señor? —sonó una dulcísima voz a su espalda.

Se volvió, encontrándose con otro rostro sonriente y tan aséptico como el de la otra chica. Sólo que ésta era rubia y tenía, además de unas bonitas piernas, unos senos impresionantes, bajo Su uniforme negro y lila.

—Sí, por favor —le explicó la misma historia, y ella asintió, invitándole a seguirla. Robin lo hizo, examinando críticamente los muslos ceñidos en nylon color humo, bajo la breve faldita, y las rotundas curvas de sus nalgas, muy marcadas por la falda.

Poco después, en un increíble despacho de mármol rosa y negro, una serie de diapositivas eran proyectadas en una pantalla, mostrando la fotocopia de un documento firmado por Jezabel Lawrence y una serie de fotografías en color de una cripta digna de un monarca. Se trataba de un panteón en forma de pequeña capilla, cuyo interior ocupaba una amplia cripta abovedada, subterránea, según las diapositivas, con un solo túmulo funerario en su centro, compuesto de una base de mármol blanco, con un sepulcro encima de igual material, donde aparecía grabado en oro el nombre de su futura ocupante: Jezabel Lawrence, Debajo, una leyenda ridículamente poética:

> Descansa en la paz de los Campos del Cielo, abandonada la tierra en infinito vuelo.

Por fin, una fecha ya grabada también en oro, remataba el epitafio. La fecha del día mismo en que iba a ser sepultada. De este día, La joven le explicó, sonriente :

—Recibimos notificación de su inhumación para hoy. Y se grabó con rapidez la fecha. Aquí todo funciona con suma eficiencia. ¿Satisfecho, señor?

Robin asintió, todavía impresionado por el lujo fabuloso que le rodeaba. Mucho dinero debió invertirse en aquel cementerio fastuoso. Pero mucho también debía producir el contrato de compra visto en la diapositiva tenía fecha reciente. Sólo seis meses atrás. Y el coste de la cripta era desorbitado: cincuenta mil dólares.

Salió de la estancia acompañado de la señorita Doyle. Ahora la música era mucho más suave, y sobre ella se escuchaban salmos en una voz femenina, increíblemente bella, dulce y delicada. Robin se detuvo, escuchando aquella voz con interés.

—¿Quién entona esos salmos? —indagó—. Tiene una voz maravillosa.,.

—Es la hermana Melissa.

—¿Quién? —se volvió a mirar a la rubia de los grandes senos con extrañeza.

—Nuestra incomparable hermana Melissa. Esta es su obra. Cuanto aquí ve, se debe al talento, sensibilidad y amor a los demás que posee la hermana Melissa. Su voz sublime es la que escolta hacia el cielo a los seres que aquí vienen a disfrutar la eterna paz. ¿Desea usted adquirir una sepultura para tener la seguridad de que cuando muera, la hermana Melissa rogará al Señor por usted y por su alma?

—No, gracias —suspiró Robin—, Me temo que no poseo dinero para adquirir una cripta.

—Oh, hay también sepulturas más sencillas, desde cinco mil dólares anuales, hasta un total de sólo quince mil. Podemos formalizar el contrato, si lo desea, Y pagar el primer plazo dentro de seis meses. Son las máximas facilidades, señor.

—Lo pensaré —mintió cínicamente Robin—, ¿Y las más caras cuánto

valen?

—Eso depende. Puede llegar al millón de dólares, incluso.

—Un millón... —silbó entre dientes Robín—, Esas tendrán cine, televisión y aíre acondicionado, ¿no?

La rubia le miró como si hubiese dicho una herejía, La dulcísima voz de la hermana Melissa seguía sonando, cautivadora, en la lectura musical de aquellos salmos.

—Los muertos sólo piden paz, señor —dijo con aire ofendido la señorita Doyle—. Y aquí la tienen.

—¿La hermana Melissa es la propietaria de esto, entonces?

—De ella es todo esto, sí. Pero sus beneficios son nulos. Sólo hace esto por amor. Mármoles costosos, amplias tierras adquiridas a alto precio, cuidados y atenciones de este sagrado recinto... Todo eso se paga con el importe de los sepulcros. Y la hermana Melissa no obtiene otro beneficio que la dicha de servir a su prójimo y darle el cobijo final que todos soñamos.

Robin se despidió de su anfitriona antes de que ésta pudiera convencerle totalmente de que la hermana Melissa era una especie de apóstol del amor fraterno llegado al mundo por designio personal de Dios, diciéndose que la tal hermana, por muy dulce que tuviera la voz, era una buena mujer de negocios en realidad.

Pronto estuvo de regreso en casa de Jezabel. Había averiguado cuanto le era posible conocer. Sólo le faltaba saber un detalle, y se lo preguntó a Walter Nordham en un momento en que éste parecía menos aturdido y maltrecho.

—Walter, amigo mío, ¿quién le metió a tu tío P. B. la idea de comprar una sepultura en Los Campos del Cielo? El residía hace muchos años en Nueva York, ¿verdad?

—Sí. Pero siempre deseó ser sepultado en Los Angeles, tú lo sabes. Creo que su médico en Nueva York le recomendó ese lugar, donde es moda que los hombres más ricos y conocidos tengan su sepultura. Lo cierto es que le convenció, y tío F. B, adquirió su sepultura en Los Campos del Cielo.

—Sin duda a precio muy elevado, ¿no? —sonrió Robin.

—Uf... —meneó la cabeza Walter—, Vi su título de propiedad y me quedé helado. ¿Sabes lo que le costó un mausoleo en un llamado Rincón del Edén? La friolera de cuatrocientos mil dólares.

—Es una bonita suma —dijo Robin, sin sentirse demasiado impresionado por ella, tras su visita a Los Campos del Cielo—. Si el médico de Nueva York llevó comisión por esa venta, seguro que ganó más que cuidando millonarios como tu tío.

—¿El doctor Quayle? No, no creo. Es un hombre honorable y prestigioso allí...

—¿Quayle has dicho? —Robin se puso rígido, cuando un recuerdo le asaltó—. ¿El doctor Quayle? Has debido equivocarte de nombre. Ese es médico aquí, en Los Angeles, en los Estudios donde trabajaba Jezabel...

—No, no. Me refiero al doctor Aaron Quayle, de Nueva York. Tal vez

sean familia, pero se trata de personas distintas.

—Ya —Robin frunció el ceño—. Es curioso...

—¿Qué es lo curioso? —indagó Walter, perplejo.

—No, nada. Una tontería. Eh, mira. Son las once y diez. Tenemos que ir a los funerales de tu tío. Luego volveremos aquí.

—Sí, Robin, vamos allá —suspiró Walter incorporándose trabajosamente,

Se despidieron de Lorena, del doctor Lorrimer y de algunas visitas presentes allí. Poco después, el coche rojo les conducía de regreso a la funeraria donde se hallaba el féretro de F. B. Nordham.

* * *

El funeral fue impresionante.

Robin aún lo recordaba al regresar con Walter a Sunset Boulevard. Cánticos litúrgicos, poemas en la voz de la hermana Melissa, que seguía siendo invisible para todos, y cuya voz, sin duda, era una grabación que se adecuaba a cada momento y cada caso, un rumor cantarín de fuentes y arroyuelos de cristalinas aguas, así como movimientos aparentemente mágicos de piedras y bloques de mármol, dando acceso al interior del suntuoso sepulcro de F. B. Nordham, que revelaban a las claras un minucioso y complejo sistema de circuitos electrónicos bajo la alfombra de césped y flores del recinto funerario.

Dejaron el cadáver de Nordham bajo la noble piedra gris de su sepulcro, en un mausoleo digno de un maharajá de los tiempos esplendorosos de la India, y regresaron a la ciudad, mientras a sus espaldas se cerraban automáticamente las grandes puertas del recinto, y un coro angélico les despedía, sonando glorioso entre los árboles, los setos y las flores de Los Campos del Cielo.

Todo teatral, grandilocuente... y de mal gusto. Pero Walter parecía impresionado.

—Dios mío, tener que volver otra vez el mismo día... —musitó amargamente—, Y luego con Jezabel. Mi Jezzie...

Robin tragó saliva, sin hacer comentario alguno.

«Mi Jezzie...», pensó con tristeza. Es lo que decía Walter, ignorante de que pudo haber sido suya, de él, de Robin Meyer. Que deseó ser suya, convertirse en su esposa. De haber vivido, tampoco sería ahora la señora Nordham. Pero eso, Walter lo ignoraba. Y tendría que seguir ignorándolo.

Ahora, Jezabel emprendería el último viaje. Hacia una cripta fastuosa en aquel cementerio delirante e increíble. Era una casualidad, sí. Pero ¿y si no lo era?

No podía olvidar la existencia de un doctor Quayle en Nueva York y otro en Los Angeles. Skelton le había dicho que John Quayle era el médico de los estudios cinematográficos. Y médico también de Jezabel, secretamente. Otro médico, Aaron Quayle, había recomendado a F. B. Nordham adquirir una tumba en Los Campos del Cielo. ¿Tuvo algo que ver el otro Quayle en que,

de repente, Jezabel adquiriese su cripta allí?

Eso es lo que iba a intentar averiguar lo antes posible, apenas reposara Jezabel en su última y ostentosa morada.

* * *

Ya estaba hecho.

Walter sollozaba amargamente. Lorena Walker era la imagen misma del dolor y la desolación. Los demás asistentes al funeral salían del impresionante marco de Los Campos del Cielo formando una silenciosa y sobrecogida comitiva. En el aire resonaban los coros angélicos y la voz aguda y bien timbrada de la hermana Melissa, emitiendo dulcísimos poemas sobre el alma, el amor, la eternidad y la paz de Dios. A fuerza de oírla, Robin empezaba a no dejarse impresionar por la belleza de aquella voz sublime de mujer. La hermana Melissa se le aparecía sin el oropel de su farsa, tal como debía de ser realmente: una mujer fría y cerebral, dueña de una empresa muy rentable. O quizá presidente de un consejo de administración fríamente financiero. ¿Y si la tal hermana Melissa ni siquiera existía, y no era más que un número fuerte en aquella ficción ideada por unos avispados hombres de negocios, capaces de comerciar con la muerte, como hace tanta gente en el mundo?

—Lorena, quería hacerle una pregunta —dijo Robin, cuando llevaba a la joven amiga de Jezabel y a su inseparable Walter hacia el centro urbano de nuevo.

—¿A mí? —Los ojos oscuros de la joven se fijaron en él, inquietos—, ¿Cuál es?

—Usted acompañó a Jezzie a visitar ese cementerio, ¿verdad?

—Ya se lo dije antes. Sí, fuimos juntas. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque me gustaría saber si la idea de visitar Los Campos del Cielo partió de usted o de Jezabel.

—¿De mí? Ni siquiera había oído hablar de ese lugar. Son sitios prohibitivos para personas como yo, ya habrá podido comprobarlo. Allí sólo hay millonarios, gente famosa y rica...

—Sí, lo sé. Entonces fue Jezabel quien le sugirió ir a ver ese cementerio.

—En efecto. ¿Por qué le interesa tanto ese punto, señor Meyer?

—Simple curiosidad. Ese cementerio me parece de pésimo gusto. Una especulación miserable con la muerte y el dolor ajenos.

—Creo que, en el fondo, estamos de acuerdo —admitió Lorena, tras una indecisión.

—Por eso me extraña que una persona como Jezabel tuviera semejante idea. ¿No se la inculcaría alguien?

—Tal vez. Recuerdo que había estado rodando aquel día. Su última película, La dama de la Colina Azul, Y me habló de esa visita a Los Campos del Cielo,

—Es decir, que llegó de los Estudios, del rodaje, y le habló de ello,

¿verdad?

—Pues sí, así fue.

—Usted, naturalmente, no podrá olvidar si ese día se hizo visitar por algún médico, si estaba indispuesta o algo así...

—No, no recuerdo nada parecido. Aunque... espere. Sí, ahora recuerdo algo. Creo que le dije que podíamos ir otro día, porque entonces estaba muy nerviosa. Me respondió que ya se encontraba perfectamente de sus nervios, que el doctor Quayle, en los estudios, le había dado un sedante y estaba mucho mejor que al irse a rodar. Y tuve que ir con ella. Esa misma tarde adquirió la propiedad de su cripta.

—Gracias, Lorena. Me ha dado usted una información muy útil.

—¿Información? —Ia joven mostró su extrañeza—. ¿A qué se refiere? ¿Qué es lo que pretende saber con todas esas preguntas?

—La verdad es que ni yo mismo lo sé todavía —sonrió vaga y tristemente Robin—, Pero espero averiguarlo muy pronto, amiga mía...

* * *

El doctor John Quayle era un hombre de aspecto sobrio y distinguido. Más que un médico, parecía un senador o un diplomático. Tal era el porte de su figura arrogante, su cabello de un gris plateado, sus suaves facciones algo pálidas, la viveza de sus ojos pequeños y azules, y la suavidad y corrección de sus modales. Vestía con severidad, un terno azul marino de corte impecable, y llevaba chaleco, cosa no muy frecuente en Los Angeles.

—Usted dirá en qué puedo servirle, señor Meyer —dijo, tras echar una ojeada a la tarjeta del joven visitante.

—Seré breve, doctor —Robin le estudiaba, recordando haberle visto entre la comitiva fúnebre que formara el cortejo de Jezabel Lawrence en el cementerio—. Muy breve, Pero le ruego que trate de recordar bien lo que voy a preguntarle. Puede ser muy importante para mí, y para el recuerdo de una común amiga nuestra: Jezabel Lawrence.

—Jezabel... —suspiró el médico de los estudios. Y una fugaz sombra oscureció el brillo azul de sus pupilas—. La pobre Jezabel. . Resulta casi imposible imaginar que lo sucedido pueda ser verdad. ¿Usted era amigo suyo, realmente? Nunca le oí mencionarle.

—¿Es que ella le hablaba de todas sus cosas, sin excepción, doctor Quayle?

—Bueno, soy médico de medicina general aquí, en los estudios —sonrió apaciblemente el facultativo—. Pero mi especialidad es la psiquiatría, Jezabel era una persona aparentemente sana en su totalidad, pero sus nervios eran lo más flojo de su organismo. Sufría frecuentes crisis nerviosas por su afán en introducirse tanto en sus personajes que hicieran vivir a éste en toda su intensidad. Trabajaba sin reposo, y eso afectaba su estado psíquico. Cuando yo hablaba con ella, lograba relajarla y que se sincerase conmigo. Eso parecía

beneficiarla mucho. Se marchaba de aquí más calmada, más serena.

—Pero usted no era su médico.

—No, no. Yo sólo soy de los estudios, en general —admitió con una mirada de cierta extrañeza el galeno, contemplando a su interlocutor—. Su médico era el doctor Lorrimer, quien firmó su certificado de defunción.

—¿Usted hubiera firmado ese mismo certificado, caso de depender de usted?

—Es que «no» dependió de mí —eludió suavemente el médico.

—Imaginemos que hubiera dependido. ¿Qué hubiese hecho?

—No sé —se encogió de hombros el doctor Quayle—. No era su médico de cabecera, Pero conocía su estado de salud. No hubiera pensado ni remotamente que se suicidara. Sí, creo que hubiera firmado también ese certificado para evitarle el lamentable trámite de la autopsia.

—Hemos hablado de dos posibilidades: suicidio o muerte natural. Queda otra.

—¿Otra? ¿Cuál? Ella murió en su lecho. Debe descartarse el accidente...

—Descartado, doctor —sonrió tristemente Robin—. ¿Y el «asesinato»?

—Asesinato..., Dios mío —le miró ahora con ojos dilatados—, ¿Qué es lo que dice, señor Meyer? Eso no tiene sentido.

—¿No, doctor?

—Claro que no, cielos. Asesinato... ¿Quién y por que querría asesinar a una persona como Jezabel?

—Eso es lo que me gustaría saber.

—Un momento. ¿Acaso es usted policía o detective privado? —indagó el médico, poniéndose repentinamente en guardia.

—Ni una cosa ni otra. No le mentí, doctor. Soy solamente un buen amigo de Jezabel. Iba a casarme con ella representando a otro: a su auténtico prometido.

—Oh, ya veo. Sí, me pareció verle ayer en la iglesia, y hoy en el cementerio. Pero no entiendo qué pretende usted buscar con todo esto, señor Meyer... Sus preguntan son..., son incoherentes, incluso impertinentes a veces.

—Es posible que tenga usted razón. Pero alguien me ha sugerido esa sospecha y trato de saber lo que hay de cierto tras de ella. Doctor, ¿usted sabe que ella había adquirido en propiedad esa cripta en Los Campos del Cielo?

—Lo he sabido hoy, por supuesto. Cuando la enterraron

—¿Antes no? Me refiero a si usted le sugirió a Jezzie adquirir esa sepultura.

—¿Yo? —el rostro del médico reveló sobresalto. Robin no sudo a ciencia cierta si era por extrañeza o por temor a algo—. ¿Pero qué dice? ¿Por qué habría yo de aconsejar a una paciente extremadamente sensible y nerviosa adquirir algo así como una sepultura?

—Era sólo una pregunta, doctor Quayle —le apaciguó Robin con tono calmoso—. No se enfade conmigo. Su modo de replicar ya me da una

negativa rotunda. Gracias por ello. Es cuanto quería saber.

Se puso en pie, dirigiéndose a la salida del despacho que tenía como médico de los estudios el doctor John Quayle en la productora cinematográfica donde siempre trabajó Jezabel Lawrence como «estrella» de primera magnitud.

—Un momento, señor Meyer —le detuvo la voz educada y suave del médico—, ¿Por qué imaginó que yo mide ser el consejero de Jezabel Lawrence en ese sentido"

—Muy sencillo, doctor, Porque un doctor Quayle, en Nueva York, aconsejó eso mismo a F. B. Nordham. ¿Es acaso familia suya?

—Tengo un hermano módico en Nueva York, Aaron Quayle —le miró fríamente ahora—. ¿Está seguro de que él aconsejó esa clase de adquisición a un paciente?

—Sí, doctor Quayle. Estoy totalmente seguro. Buenas tardes.

Abandonó el despacho y regresó al parking de los estudios, donde recogió su deportivo color rojo y salió del recinto cinematográfico sin mirar atrás. Pero por el retrovisor llegó a captar con claridad la presencia del doctor, tras las persianas de la ventana de su consultorio, siguiéndole con mirada pensativa y sombría.

CAPITULO VI

Robin terminó de preparar su maletín. Puso dentro de éste sus objetos de aseo y lo cerró. Fue a ponerse la corbata, tomó la americana de la percha y consultó su reloj.

Tenía el tiempo justo para llegar al aeropuerto y tomar el primer vuelo hacía Nueva York. Había pensado detenidamente en ese aspecto de la cuestión, y había terminado decidiéndose. Era mejor hacer aquel rápido viaje de lado a lado del continente, para averiguar las cosas por sí mismo, sin necesidad de recurrir al teléfono. Había cosas que, para conocerlas, era preciso enfrentarse a los hechos y a las personas sin el intermedio de un hilo telefónico.

Echó a andar hacia la salida, dispuesto a no perder más tiempo. Había otros vuelos a la ciudad de los rascacielos, pero cuanto antes llegara, tanto mejor. No era precisamente un viaje de placer el suyo.

Llegó a la calle y llamó a un taxi. Era preferible hacerlo así, para no tener que dejar su Jaguar en el aparcamiento del aeropuerto, esperando su retorno a Los Angeles.

Subió, dándole la dirección del aeropuerto. El vehículo arrancó con rapidez, empezando a sortear el tráfico de Los Angeles. Robin se acomodó en el asiento, dejando vagar sus pensamientos mientras rodaban por el centro urbano.

El no era un detective ni un investigador. Pero tenía Sentido común y le gustaba utilizar la lógica. Todo eso le había llevado a la decisión de ahondar un poco en el asunto.

La casualidad de que Jezabel y el tío de Walter hubieran sido sepultados en el extraño y excéntrico lugar donde ahora estaban, ya no parecía tal casualidad, a la luz de los acontecimientos. Un doctor Quayle, en Nueva York, había recomendado posiblemente a F. B. Nordham la adquisición de una fastuosa sepultura en el recinto fúnebre de la hermana Melissa. Otro doctor Quayle, éste en Los Angeles, había hecho sin duda un ofrecimiento semejante a Jezabel Lawrence.

Y ambos doctores Quayle eran hermanos.

Por otro lado, la muerte de Jezabel no estaba demasiado clara. Aunque eso no parecía tener relación con Los Campos del Cielo, ya que a éstos, una vez adquirida la sepultura en propiedad, ¿qué podía importarles si su cliente fallecía más pronto o más tarde?

Sin embargo, el instinto le decía a Robin que, en alguna parte, ambos asuntos tenían alguna oscura y lejana relación que no atinaba a descubrir.

El negocio del cementerio para millonarios y gente famosa parecía no. tener nada delictivo en sí. Eran muy dueños de vender a peso de oro cada acre de su terreno y cada losa funeraria del recinto. La extravagancia de la gente adinerada hacía el resto, y no había nada malo en aprovecharse de la

estupidez ajena.

Pero entonces, ¿dónde estaba la explicación de ese algo indefinible, e incluso inquietante, que últimamente andaba rondando por su cerebro, sin llegar a definirse totalmente por el momento?

Eso es lo que quería llegar a saber fuera como fuese. Y quizá en Nueva York estaba uno de los indicios que andaba buscando. Fuera como fuese, había llegado a amar tanto a Jezabel en aquellas pocas horas que la conoció, la amaba tanto ahora mismo, todavía después de muerta, que todo cuanto hiciera en su memoria por dejar bien claras las causas de su muerte, estaría bien hecho.

—¿Sabe usted que alguien nos sigue todo el tiempo, señor?

Robin se sobresaltó. Miró al taxista, que acababa de hacerle esa inesperada advertencia. Giró la cabeza con brusquedad y miró atrás. Un vehículo oscuro, un largo Cadillac, seguía la misma ruta del taxi. Pero también descubrió otros dos taxis y un coche deportivo.

—¿Está seguro? —dudó Robin.

—Señor, llevo años al volante y sé lo que me digo. Ese coche va tras de nosotros todo este tiempo. Lo vengo notando desde que salimos del centro.

—Tal vez es alguien que también se dirige al aeropuerto.

—Es lo que pensé —sonrió el taxista—. Por eso me he desviado de la ruta habitual dando un pequeño rodeo que, ciertamente, no le cargaré a usted en la cuenta, señor.

—Oh, eso no tiene importancia. ¿Qué ha comprobado?

—Que nos sigue. Se ha desviado en el mismo punto, para regresar ahora a la ruta habitual hacia el aeropuerto. Si sigue nuestro camino por la carretera, se habrá comprobado que, efectivamente, viene tras de nosotros.

—Tras de mí quiere decir, ¿verdad?

—Francamente sí, señor —asintió el taxista—. No creo que nadie tenga motivos para seguirme a mí. ¿A usted sí, tal vez?

—Sí, pudiera ser. Lo que ignoro es con qué intenciones pueden hacerlo —reflexionó en voz alta Robin—. Le aseguro que la policía no tiene el menor interés en mi persona.

—Ese coche no es de la policía. Ellos lo hacen mejor.

—Bien. Acelere, para comprobar si nos sigue, de una vez por todas.

—Sí, señor.

Obedeció. El taxi aceleró su marcha notablemente. Robin usaba ahora el retrovisor para vigilar al oscuro Cadillac. Convino en que el taxista tenía razón. Le estaban siguiendo.

No le era posible ver el rostro del conductor del otro automóvil. Tampoco imaginaba quién podía tener interés en seguir sus pasos. Pero esto no hacía, de momento, sino confirmar sus recelos en torno a muchas de las cosas que últimamente estaban ocurriendo.

Al fin llegaron al aparcamiento del aeropuerto. Robín Meyer pagó la carrera, dando una generosa propina al taxista, y bajó con su maletín,

dirigiéndose a la sala de embarque para Nueva York.

El avión estaba ya en la pista, a punto para la salida. Pero aún llegaba a tiempo. Cruzó la amplia sala iluminada y presentó su billete en el correspondiente despacho de la compañía aérea, Luego caminó hacia las escaleras automáticas que conducían al punto de embarque.

Giró la cabeza con aprensión. Desde que supo que era seguido, tenía una extraña sensación de inseguridad. Como si algo fuese a ocurrir.

Y ocurrió.

De repente vio al hombre.

Era alto, delgado, vestido de gris y con un portafolios en su mano. De éste había extraído en esos momentos un negro revólver de cañón desmesuradamente largo. Un arma provista de silenciador. Le apuntó y disparó,

Robin Meyer había ya leído en aquel desconocido rostro enjuto y afilado, en aquella dura y fría mirada, una inexorable sentencia de muerte. Tal vez por eso, instintivamente, se agachó. No sonó ruido alguno, pero Robin notó el zumbido cercano de algo que se parecía a un abejorro y que se alojó en algún lugar, sobre su cabeza.

Rápido, se movió a zancadas, desplazándose con mayor rapidez sobre la escalera automática, para eludir cualquier otro disparo. El hombre del portafolios corrió también hacia la escalera, subiendo tras él, con el arma oculta nuevamente en la cartera. Todo había sido tan rápido y preciso que nadie; excepto él y su agresor, supieron lo que sucedía. Ni una sola persona había llegado a ver el arma,

Robin miró atrás varias veces, lamentando no llevar un arma encima, aunque posiblemente se las había con un profesional. El modo de actuar de aquel hombre era propio de un pistolero a sueldo.

El hombre venía tras de él. Sus duros ojos helados estaban fijos en él. La mano diestra, hundida en el portafolios, a punto para extraer algo que él ya sabía lo que era.

Sentía la transpiración humedecer su frente, sus axilas y las palmas de sus manos. Era un sudor frío, desconocido para él. Tal vez el sudor del miedo. Era un hombre valeroso, pero nunca hasta ahora se había enfrentado a un frío asesino provisto de un arma silenciosa y mortal.

Corrió ahora por una larga galería, mezclado con seis o siete viajeros más. Dos azafatas de una compañía aérea y un agente de aduanas venían en sentido opuesto, charlando animadamente.

La puerta de embarque estaba próxima, al final del corredor. En pocos momentos, Robin habría alcanzado la pista de despegue, liberándose de su perseguidor, Y éste lo sabía.

Por eso extrajo nuevamente el arma y apunto. Robin se agazapó, corriendo en zigzag, apenas descubrió sus intenciones.

El arma disparó dos veces. En esta ocasión bajo la bóveda del corredor bien iluminado, hubo dos sordos sonidos, como taponazos de botellas de

champaña, y dos proyectiles buscaron a Robin, que se lanzó al suelo, deslizándose sobre la superficie bruñida de éste, en desesperado esfuerzo.

Una de las azafatas exhaló un grito y se desplomó. Su compañera y el empleado de aduanas se detuvieron. Robin vio sangre en el uniforme de la joven, a la altura de su hombro derecho.

—¡Es un asesino! —Gritó—, ¡Va armado! ¡Cuidado todos!

La gente comenzó a correr y a gritar, interponiéndose en la línea de fuego del criminal, que vaciló, indeciso, terminando por dar media vuelta y echar k correr. El de aduanas, con una imprecación de ira, se precipitó tras él, dando voces. Robin corrió a donde yacía la azafata herida..

Por fortuna, era un orificio de entrada y salida, sin interesar partes vitales. Su compañera corrió a un teléfono público a pedir ayuda y llamar a la policía del aeropuerto.

Robin corrió ahora en sentido contrario, para tratar de ayudar al empleado de aduanas si llegaba a tener que enfrentarse con el asesino. Había empezado a perder todo miedo a las armas de fuego. Si había que jugárselo todo a una carta, lo haría. Todo antes que permitir que personas inocentes fuesen heridas por aquel individuo.

Llegó tarde. Cuando alcanzaba de nuevo las escaleras automáticas, abajo sonaron voces, carreras, un silbato estridente, y luego, mezclándose con los taponazos secos del arma silenciada, el estruendo de varias detonaciones.

Sonaron gritos y nuevas carreras. Robin se lanzó escaleras abajo. Cuando llegó a la sala de oficinas de compañías aéreas, ya había ocurrido todo.

Dos policías uniformados empuñaban sus armas reglamentarias. El empleado aduanero estaba en pie junto a ellos, contemplando todos, la figura de un hombre abatido a tiros, que yacía inmóvil en el espejeante suelo del aeropuerto.

Robin se aproximó a ellos.

—¿Está...? —comenzó,

—¿Muerto? —el aduanero asintió, volviéndose a él—. Sí. Tuvieron que matarle. Se resistía a entregarse.

—Sí, lo suponía.

—¿Y la muchacha? ¿Cómo está? —se interesó el otro.

—No es grave la herida —suspiró Robin. Los policías le miraban, interesados. El joven hizo un gesto de resignación—. Creo que el avión que está saliendo ahora es el mío. Ya tomaré otro, señores. Sí, ese hombre venía a matarme a mí. Y aún no sé por qué...

* * *

El teniente Rush Atkins era un hombre sólido y granítico como una mole rocosa. Parecía imposible que pudiera agrietarse por muchos embates que recibiera, y quizá era realmente así.

Contempló con expresión pensativa a su interlocutor, tras oírle su relato,

en una de las salas de espera del aeropuerto, adonde se había desplazado al ser informado del suceso por teléfono.

Era oficial de homicidios en la ciudad de Los Angeles, aunque hubiera podido pasar muy bien por un boxeador retirado, dada la forma de su nariz y la musculatura de su ancho cuerpo. Tenía unos ojos estrechos y claros, que miraban con agudeza,

—De modo que no sabe por qué quisieron matarle —gruñó.

—No. Ni la menor idea, teniente.

—Eso sí que es fantástico. Un tipo le persigue a tiros por el aeropuerto, y usted ni siquiera le ha visto antes, ni cree que haya persona alguna con motivos para asesinarle.

—Esa es, más o menos, la situación.

—No resulta, muy verosímil, ¿no cree?

—En eso estoy de acuerdo con usted.

—¿Sabe quién era el hombre muerto?

—¿Cómo voy a saberlo si nunca le vi antes de ahora?

—Se llamaba Woody Carpenter. Y era asesino profesional,

—Sí, eso lo había imaginado ya.

—Un asesino peligroso. Y experimentado. Trabajaba por contrato, aunque nunca se le pudo probar nada.

—De modo que alguien le pagó para que me eliminara..

—Esa sí es una conclusión razonable, señor Meyer.

—Sigo sin entenderlo.

—Y yo tampoco. Usted es rico, señor Meyer. Tiene fortuna, negocios. Por fuerza ha de tener enemigos, competidores, gente así, que desee deshacerse de usted.

—En todo caso, ya lo hubieran intentado antes. No, no creo que mis negocios tengan nada que ver con esto,

—Entonces, ¿por qué le siguieron, desde la ciudad, para matarle aquí?

—No sé, ¿No pudo intentarlo antes, en la carretera, por ejemplo, con mayores posibilidades de acierto y más facilidad para evadirse luego?

—Exacto, Su lógica funciona, señor Meyer —hizo notar con sarcasmo el teniente Atkins—, Yo diría que el tal Carpentier tenía instrucciones muy concretas de su cliente.

—¿En qué sentido?

—En el de seguirle y comprobar qué iba usted a hacer. Si no tomaba ese avión a Nueva York, tal vez no tenía que dispararle. Si intentaba tomarlo, le mataría.

—¿De modo que usted supone que mi viaje de esta noche tenía alguna relación con el intento de asesinato?

—Mi olfato me dice que sí —metió sus manos en los bolsillos del pantalón, se quedó plantado ante Robin y le espetó—: Sea sincero, señor Meyer, ¿qué motivos le impulsan a usted a viajar a Nueva York?

Robin se estremeció ligeramente. El teniente Atkins era un policía

experimentado. Y, sin embargo, había llegado a la misma conclusión que él.

El viaje. Nueva York.

—Se lo contaré, teniente —confesó con un suspiro—, Pero no se haga ilusiones. O soy muy necio, o se quedará usted tan confuso como lo estoy yo ahora.

Le relató absolutamente todo. Se abstuvo de mencionar la recogida de vidrios en el dormitorio de Jezabel Lawrence, por si eso constituía motivo de intromisión en un asunto de competencia policial, pero no silenció el resto de sus datos.

Atkins le escuchó en silencio, haciendo anotaciones de vez en cuando. Finalmente, se quedó pensativo, golpeándose con el bolígrafo en el mentón, mientras contemplaba a su interlocutor en silencio.

Al fin, hizo un comentario con voz preocupada;

—Eso no tiene pies ni cabeza, señor Meyer,

—Ya lo sé —rió el joven sacudiendo la cabeza—. Se lo advertí antes.

—Podríamos hacer la autopsia a esa joven actriz, pero ello puede acarreamos problemas con los médicos. Además, el juez es posible que no quiera ni oír hablar del asunto, a menos que le presentemos evidencias completas para un movimiento así. Tratándose de un personaje famoso, de una «estrella» de cine, hay que andar con cuidado porque la publicidad puede ser funesta.

—Además, Jezabel Lawrence no parecía tener nada que ver con Nueva York.

—Pero usted va allá.

—Es diferente. No veo clara la actitud de esos dos médicos hermanos. Quiero saber lo que puede haber detrás de Los Campos del Cielo. Puede que las cosas no sean tan limpias como parece.

—Es otro terreno difícil y resbaladizo para la policía, señor Meyer. Si armamos un escándalo en torno a ese cementerio de lujo y resulta luego que todo es falso o que no podemos probar nada delictivo, la opinión pública se nos echaría encima, acusándonos de sacrilegio y sabe Dios qué cosas más. Esa tal hermana Melissa parece tener peso en la ciudad. Es una razón social muy fuerte.

—Lo imaginaba. ¿Algún dato sobre la verdadera personalidad de la hermana Melissa?

—Ninguno. Puede que sólo sea un nombre comercial, como la Coca-Cola y detrás haya un poderoso trust. La voz que canta puede ser la de cualquier chica dotada de voz angelical. La gente se enternece con esos trucos, y ellos lo saben.

—Pero eso no constituye delito.

—No. Ni él precio exorbitante de las tumbas tampoco. En este país, señor Meyer, el mercado es libre, usted lo sabe. Existe una ley de oferta y demanda. Si los tontos quieren comprarse panteones dignos de faraones egipcios, allá ellos. Es su dinero el que tiran por la ventana, no el de los demás.

—Pero quien alquila a un asesino sí comete delito.

—Tan grave como empuñar el arma por sí mismo. Pero ¿quién pagó a Carpenter? Me temo que resulte muy difícil averiguarlo,

—Sí, es lo mismo que pienso yo.

—¿A pesar de todo va a ir a Nueva York?

—Sí.

—¿A saber quién aconsejó a F. B, Nordham comprar ese panteón?

—Sí.

—¿Sospecha acaso de su sobrino?

—¿De Walter? —Robin soltó una breve carcajada—, Cielos, no, qué idea. ¿Por qué habría de sospechar yo de él?

—No sé. Resulta lógico. ¿No hereda él la fortuna de su tío?

—El es lo bastante rico por sí solo. Hereda algo, pero hay una viuda, Melba Nordham. Ella también hereda. Casi todo,

—¿Sospecha de ella, entonces?

—¿De Melba Nordham? —sacudió la cabeza, risueño—. Es una anciana de más de setenta años, algo maniática. Las personas así no matan a sus maridos. Además, dudo que a F, B. Nordham le matase alguien. Padecía una enfermedad incurable que le provocó una parálisis total, previa a la defunción.

—Entonces, ¿qué diablos espera encontrar en Nueva York, exactamente? —se irritó Atkins.

—No sé todavía. Pero alguien, sin duda, piensa que puedo hallar algo demasiado peligroso. Lo bastante, al menos, para justificar la contratación de un pistolero profesional, ¿no es así?

—Evidentemente —Atkins reflexionó, ceñudo. Luego se encogió de hombros—. Bueno, no le voy a molestar más, señor Meyer. Puede hacer su viaje a Nueva York, pero le ruego que me haga saber su regreso en cuanto esté de vuelta. Es simple rutina, claro. No voy a envolverle oficialmente en este asunto.

—Es muy amable, teniente.

—A cambio de eso, usted va a hacerme a mí un favor, le guste o no.

—Si está en mi mano...

—Creo que sí lo está. Cuanto averigüe a partir de ahora, ya sea sobre Los Campos del Cielo, sobre la muerte de Jezabel Lawrence o de P. B. Nordham, o bien sobre cualquiera de los hechos que le preocupan, deberá comunicármelo inmediatamente a mí.

—Así lo haré, teniente. ¿Se van a ocupar del caso?

—Oficialmente, no. Ya le dije que resulta demasiado espinoso husmear en la muerte de esa actriz o en el asunto del cementerio de la hermana Melissa sin pruebas concretas de que exista delito. Prefiero mantenerme a la expectativa, aunque investigando extraoficialmente el caso. Usted puede sernos de gran ayuda en esto, puesto que puede moverse en todos los sentidos sin levantar suspicacias. Y llegado el momento, si hay razón para ello, sabe que contará con nuestro apoyo. ¿Está todo claro?

—Como la luz del día, teniente —suspiró Robin, poniéndose en píe y estrechando la mano del oficial de policía—. Personalmente, no tengo el menor interés en pisar el terreno a la policía ni ocultar datos valiosos. Lo único que quiero saber es qué le pasó realmente a Jezabel Lawrence.

El teniente le miró largo rato en silencio. Preguntó con voz sorda:

—¿La quería usted mucho?

—Sí —Robin bajó la cabeza—. Mucho, teniente...

—Sí, eso es lo que me parece —admitió el oficial de policía, caminando pesadamente a través de la sala de espera—. Buen viaje a Nueva York, señor Meyer.

—Gracias. Eso espero...

CAPITULO VII

El doctor Aaron Quayle no se parecía demasiado a su hermano de Los Angeles. Tal vez la misma mirada aguda y penetrante, pero eso era todo. Era casi calvo y bastante grueso, no demasiado alto. Vestía con cierto desaliño bajo su blanca bata de médico.

Recibió cortésmente a Robin Meyer cuando éste se presentó como amigo de la familia Nordham, y enviado personal de Walter Nordham, de Los Angeles. Tras los saludos protocolarios, la mirada astuta del doctor Aaron Quayle se fijó en él.

—Y bien, señor Meyer, ¿en qué puedo servirle? —ofreció.

—El señor Nordham reposa ya en Los Campos del Cielo, en su ciudad natal, doctor —empezó Robin, calmoso.

—Sí, eso supongo. ¿Todo fue bien?

—Perfectamente, doctor. Tiene un mausoleo digno de un antiguo faraón,

—Sí, ese cementerio es algo grandioso.

—¿Lo conoce usted? —preguntó rápidamente Robin.

—Pues... no. No personalmente, claro —sonrió algo forzado el médico, como si se hubiese visto pillado en falta—. Yo vivo aquí, en Nueva York. Los Angeles está muy lejos.

—Su hermano sí debe conocerlo.

—¿Mi... hermano? —era evidente que el cauce de la conversación no era del agrado del doctor Quayle de Nueva York—, Oh, John, claro. Sí, él reside allí... ¿Le conoce?

—Sí, doctor. Estuve hablando recientemente con él en los estudios cinematográficos donde trabaja,

—Bien... Pero supongo que no habrá venido a hablarme de todo eso, señor Meyer —carraspeó, impaciente, el médico.

—En efecto. He venido a preguntarle una cosa: ¿por qué recomendó usted a F. B. Nordham que adquiriese una tumba en Los Campos del Cielo?

Esta vez se sobresaltó visiblemente. Quedóse mirando fijo a Meyer. Este notó que humedecía sus labios repetidas veces y hacía esfuerzos por mantenerse sereno.

—Señor Meyer, su pregunta es una impertinencia. Ya le dije que ignoro cómo es realmente ese lugar. Yo no recomendé jamás al señor Nordham, mi paciente, la adquisición de una sepultura. Hubiera sido de muy poco tacto por mi parte hacer tal cosa. Estaba muy enfermo y lo sabía. ¿Quiere usted que le asustara con algo parecido?

—Quizá él le pidió consejo... y usted se lo dio, simplemente.

—Por favor, señor Meyer, si vamos a seguir hablando de eso, será mejor que demos por terminada nuestra conversación —atajó fríamente el médico, poniéndose en pie—. Insisto en que yo jamás haría tal cosa.

—Sin embargo, pudo hablar con su hermano telefónicamente en alguna

ocasión, y él le sugirió que aconsejara a sus ricos pacientes ser trasladados allí. Su clientela es de la mejor de esta ciudad, según creo.

—Por eso mismo, señor Meyer, no estoy dispuesto a soportar más sus impertinencias. Salga de aquí y no vuelva a visitarme, ¿está eso claro?

—Como la luz del día, doctor —sonrió fríamente Robin, caminando hacia la salida—. Pero tenga en cuenta algo. Y no me importa que se lo diga a su hermano: si hay algo sucio escondido detrás de esos hermosos mausoleos del cementerio de la hermana Melissa, voy a ponerlo en claro, cueste lo que cueste. Y caiga quien caiga, doctor. Buenos días.

Salió, dignamente, y el médico cerró tras él de un portazo.

Robin se detuvo en la antesala, donde una joven enfermera de blanco uniforme y agresivos pechos se ocupaba en rellenar unas fichas. Robin se inclinó sobre el mostrador. La joven era rubia y tenía unas piernas espléndidas, enfundadas en medias blancas. Su falda era tan corta que se veían los muslos, ya sin medias. El resultado de tal exhibición resultaba altamente erótico. Y muy poco apropiado para la consulta de un médico de la categoría del doctor Aaron Quayle.

—Hola, preciosa —saludó Robin, guiñándole un ojo—, ¿Mucho trabajo?

—Como siempre —ella se encogió de hombros, sin dejar de mover sus mandíbulas, seguramente mascando chicle, y se cruzó de piernas con descaro. De ese modo, exhibió totalmente sus fuertes muslos—. Esta clase de trabajo es un fastidio...

—¿Lleva mucho tiempo trabajando con mi buen amigo, el doctor Quayle?

—¿El es su amigo? —señaló la puerta de la consulta con aire despectivo —. Es un viejo gruñón. Paga poco y exige mucho. En cambió, él cobra sumas exorbitantes a sus pobres clientes... Así son las cosas.

Robin extrajo su billetero, como si fuese a buscar una tarjeta de visita, pero dejó que la enfermera viese los billetes de cien dólares que llenaban la cartera. Ella abrió unos ojos como platos e hinchó su torso. Robin temió que los tremendos pechos reventaran el uniforme, pero no ocurrió nada.

—Tome mi tarjeta —dijo—. Si alguna vez se decide a visitar Los Angeles, tendré allí trabajo para usted, encanto. Bien remunerado y con trato agradable.

—Vaya... —silbó ella entre dientes, leyendo la tarjeta—. Cuántas empresas... ¿Todas ésas son suyas?

—Mías o en sociedad —sonrió Robin modestamente, mirando con intencionada fijeza sus piernas—. El viaje es largo, pero valdrá la pena, créame.

—Hum, empiezo a creer que sí. ¿De veras me contrataría si voy por allá? No me gustaría hacer ese viaje y verme en la calle...

—Robin Meyer sólo tiene una palabra. Cuente con ese trabajo cuando se decida.

—Creo que estoy ya casi decidida.

—Espere. No corra tanto. Antes podríamos hablar de eso tomando una copa. ¿Qué le parece al terminar su trabajo?

—Estaré lista a las cinco en punto —dijo ella, guiñándole un ojo y pasando insinuante sus manos por las caderas—, ¿No faltará?

—No faltaré —sonrió él.

A las cinco en punto, la enfermera estaba en la calle. Sus andares eran sinuosos, y cada ondulación de sus opulentas caderas agitaba provocativamente su trasero. Tenía por costumbre pegarse a uno para hablar, hasta meterle los senos encima.

Robin soportó estoicamente todo eso, no sólo durante el aperitivo, sino también en una cena íntima en un reservado discreto. La muchacha se llamaba Susan Masón y se dejaba acariciar fácilmente. Lo demás, ella misma lo buscaba sin rodeos. Robin Meyer no es que gustase de esta clase de conquistas, pero en esta ocasión no era por placer, sino por simple necesidad de obtener más datos de los que el áspero doctor Aaron Quayle le había proporcionado en su breve y agria entrevista.

Así, pues, no sólo acarició generosamente las formas opulentas de su rubia compañera, sino que tuvo que someterse a su vez a las efusiones ardientes de ella y responder en forma adecuada.

Al final, mientras ella se ajustaba de nuevo sus prendas íntimas en el reservado y volvía a meter sus grandes pechos bajo la blusa, evidentemente satisfecha del comportamiento de su pareja, Robin Meyer tenía ya su promesa de llevarle esa noche a la consulta del doctor, abrirle el archivo y dejarle examinar las fichas de su clientela, desde la primera hasta la última.

Subieron a la consulta, Susan abrió con su llave duplicada, y Robin pudo examinar a placer todas aquellas fichas, una por una. Se fijó especialmente en los clientes dados de baja por defunción.

Una mayoría considerable de las últimas defunciones habidas en la clientela del doctor Aaron Quayle, incluido P. B. Nordham, figuraban como sepultados en Los Angeles, tras los trámites de traslado. Todos los casos parecían de muerte natural, sin sospechosas lagunas. Y todos, sin excepción, eran lo bastante ricos para poderse pagar ese último capricho.

—¿Satisfecho? —ronroneó la rubia enfermera, pegándose a él.

—Sí, mucho —asintió Robin, devolviéndole las fichas, que ella repuso en su sitio—. Me has sido de gran ayuda en un asunto confidencial de altas finanzas, encanto.

—Entonces, mereceré un premio, ¿no? —musitó ella, melosa.

Robin respiró hondo. Aquella muchacha de generosas curvas era insaciable. Ya estaba abriéndose la blusa y dejando escapar fuera aquellos dos balones hinchados que tenía por busto.

Le dio el premio apetecido, apelando a toda su fuerza de voluntad. Luego, la llevó a su casa y metió entre sus senos gigantescos unos billetes, despidiéndola con unas palabras afectuosas:

—Recuerda. Si vas a Los Angeles, presenta esa tarjeta y tendrás empleo seguro. Te lo has ganado, preciosa.

Lo cierto es que no pensaba engañar a aquella muchacha con una falsa

promesa. Pero esperaba y deseaba que, si iba a Los Angeles a trabajar en una de sus empresas, no tratara de buscarle para agradecérselo a su manera. Era capaz de terminar con las energías de cualquier hombre.

Aquella misma mañana, a primera hora, Robin regresaba a Los Angeles. Apenas hubo pisado el aeropuerto, tomó el teléfono y llamó a homicidios, Pidió por el teniente Atkins, y al oír su voz le informó:

—Teniente, como ve cumplo mi palabra. Ya he regresado. Le veré más tarde.

—Sí, no deje de venir o iré yo a buscarle —la voz de Atkins sonaba extraña—. Después de lo ocurrido, comprenderá que necesito hablar con usted lo antes posible.

—¿Lo ocurrido? —Robin frunció el ceño, alarmado—, ¿A qué se refiere?

—¿Es que no lo sabe?

—¿Qué tengo que saber, teniente?

—El doctor Aaron Quayle, el hombre que usted fue a ver en Nueva York... Acaban de notificármelo desde Nueva York cuando he llamado para pedir informes de él. Se suicidó anoche, arrojándose desde una ventana a la calle...

* * *

Scotty, su amigo químico, acababa de darle el dato que necesitaba. Robin iba leyendo el informe del análisis, camino de la oficina de homicidios de la ciudad de Los Angeles.

Uno de los párrafos del análisis era particularmente interesante:

> «Evidentemente, son fragmentos de una cápsula o ampolla de vidrio muy frágil y quebradiza, que contenía un producto químico difícil de analizar por su gran volatilidad, habiendo dejado apenas residuos en el envase. Es seguro que una parte de su composición encierra un fuerte sedante, pero hay algo más que escapa, al análisis por el momento. Intentaremos otra prueba, pero da toda la impresión de ser una droga bastante fuerte, aunque no del tipo alucinógeno, sino más bien sedante o hipnótica.»

Robin había estado en lo cierto al sospechar de aquellos vidrios. Una droga sedante. Fuerte. Aleo que podía curar unos nervios... o matar a una persona, según la dosis. ¿Qué hacía en la alcoba de Jezzie aquel día? Ella iba contenta y feliz a casa, aunque amargada por tener que traicionar la promesa hecha a Walter o bien renunciar al amor de Robin. En ese estado era posible una depresión nerviosa, pero ¿se lo había administrado realmente ella? ¿Era un producto recetado por el doctor John Quayle?

Una gran serie de interrogantes se abrían ante él, como un siniestro abanico de sombrías posibilidades. Cada vez estaba más cerca de la convicción absoluta de que en la muerte repentina de Jezabel había un gran misterio.

Un misterio relacionado con el doctor Quayle. Y de algún modo, por tanto, con Los Campos del Cielo y con la mítica hermana Melissa...

Poco después, estaba reunido con el teniente Atkins y le relataba su visita a Nueva York, sin ocultarle la intervención de Susan Masón para poder husmear en el archivo del médico. El teniente le escuchó en silencio, y al final resolvió que seguían donde estaban antes.

—Ni siquiera podemos saber si al doctor Quayle le mataron o se mató él mismo —dijo Atkins, ceñudo— . Un asesino pudo seguirle a usted a Nueva York y eliminar al médico por miedo a que revelase algo que sabía, a causa de su nerviosismo.

—También es posible que se asustara por mi visita, decidiendo poner fin a su vida —sugirió Robin, pensativo.

—Sí, ambas posibilidades son válidas —aceptó el policía—. Pero sigo pensando que la clave de todo eso está aquí, en Los Angeles,

—Yo también lo creo, Por eso he regresado en seguida.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—No lo sé —Robin, sin saber la razón, aún guardaba una carta escondida en su manga, algo que no había revelado a Atkins: el resultado del análisis químico. Ni siquiera había hablado aún de la cápsula rota.

—Pues sí que es una esperanza —gruñó Atkins, sarcástico.

—De todos modos, algo se me ocurrirá —bostezó, poniéndose en pie—, ¿Puedo marcharme ya, teniente?

—Claro. Aquí no hace nada. No sospecho de usted, aunque vaya sembrándose su camino de cadáveres, créame.

—Es muy amable —rezongó Robin, saliendo del despacho.

Poco después, se alejaba del edificio policial sumido en sus pensamientos. Realmente, no había mentido en nada al teniente. Lo cierto es que se hallaba sumido en tal cúmulo de perplejidades que no sabía qué camino seguir.

De momento, decidió ir a su casa y descansar un poco, por si de ese modo se le ocurría algo.

Momentos más tarde, estaba tendido en su cama, fumando un cigarrillo, absorto en sus pensamientos.

Sonó el teléfono. Perezosamente, Robin tardó un poco en atenderlo. Descolgó.

—Robin Meyer —dijo—, ¿Quién llama?

Una voz de mujer sonó al otro extremo del hilo, singularmente alterada:

—Menos mal que al fin le encuentro —siguió un profundo suspiro como de alivio—. He intentado localizarle varias veces sin conseguirlo, en estas últimas horas, señor Meyer.

—Lo siento. Estuve fuera de ¡a ciudad —reconoció la voz y se mostró perplejo—, ¿Es usted Lorena Walker?

—Sí, la misma —asintió la voz de la secretaria y amiga de Jezabel—, Veo que me ha reconocido fácilmente.

— Suelo tener buena retentiva para las voces —asintió Robin—, Bien,

¿puedo saber qué desea de mí?

—Es algo importante, señor Meyer, por eso le llamo. Busqué su número en la guía porque no he podido localizar tampoco al señor Nordham. Dicen que está en las afueras, recluido en alguna propiedad suya.

—Es muy propio de Walter. Lo de Jezabel le afectó mucho, unido a lo de su tío.

—Sí, lo sé. También a usted le afectó lo de Jezzie, ¿verdad?

—Sí, mucho —confesó Robin con un suspiro.

—Por eso quería comunicar con usted. Tengo algo importante que decirle. Algo de mucha trascendencia.

—¿Usted?

—Sí, sí. Es algo que no sabía, que no podía imaginar siquiera. Lo he descubierto casualmente, Es horrible, créame. Necesito hablar con alguien en quien pueda confiar, revelarle lo que sucede...

—¿Va a decírmelo por teléfono?

—No, no, nada de eso. Se relaciona con un lugar al que ambos hemos ido por iguales circunstancias, aunque usted en dos ocasiones un mismo día, señor Meyer. Me .refiero a Los Campos del Cielo. Sé algo espantoso...

—Por favor, no siga —la interrumpió Robin, repentinamente excitado—. Es un asunto delicado. Grave. Hablar de ese recinto puede significar algo malo para usted. No se fíe ni de la línea telefónica, Podría estar intervenida. Sé que hay algo sucio allí, y pueden mover muchos recursos para defender su secreto.

—¿Sucio dice usted? —Ia voz de Lorena Walker sonó patética—. Si supiera la verdad., se horrorizaría usted, señor Meyer...

—Está bien. Voy inmediatamente hacia allá. No hable con nadie más, no diga nada a nadie, señorita Walker.

Colgó, corriendo a ponerse la chaqueta, y salió disparado de su casa. Su Jaguar le condujo vertiginosamente a Sunset Boulevard. Cuando se detuvo frente a la residencia de Jezabel Lawrence, la soledad y quietud del ambiente contrastaba, con el bullicio macabro de los curiosos de días atrás.

Llegó ante la puerta de la verja. No necesitó llamar, porque estaba, abierta. Caminó por el sendero del jardín, llamando con voz enérgica;

—¡Lorena! ¡Lorena, soy yo! ¡Señorita Walker, soy Robin! ¿Dónde está?

También las puertas-balcón del jardín estaban abiertas. Asomó al interior de la casa. Sorprendido, descubrió una lámpara de pie del living, volcada junto a una silla medio apoyada en una mesa torcida. Varios libros habían caído de un estante.

Alarmado, recorrió la estancia con largas zancadas Llamó, potente:

—¡Lorena! ¡Lorena! —y nadie respondió.

Un poco más adelante, se encontró con un zapato en el suelo. Lo examinó. Parecía ser de la secretaria de Jezabel Lawrence. Empezaba a estar inquieto de verdad.

Su rastro le llevó a la puerta trasera que usara una vez, a indicación de ella,

para eludir a los curiosos. Salió al pasaje de altos setos y muro de ladrillos. En el asfalto se veían huellas de unos neumáticos recientes, en un charco de agua de riego y el barrillo correspondiente formado allí.

Se aproximó a algo que brillaba en el suelo, no lejos de aquellas huellas de gomas de coche. Sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal.

Era una pequeña cruz dorada con tres iniciales: F.O.H.

—Campos del Cielo.., —musitó roncamente—. Estas cruces iban en las carrocerías de los coches fúnebres que enviaron los de Los Campos del Cielo para el funeral de Nordham y el de Jezabel. . Los Campos del Cielo. Son sus iniciales.., (En inglés, Fields of Heaven. De ahí las siglas F. O. H.) ¡Dios mío!

Corrió al interior de la casa, muy pálido. Tomó el teléfono y llamó al Departamento de Homicidios sin pérdida de tiempo. Mientras informaba a Atkins de la misteriosa desaparición de Lorena Walker y su conversación telefónica con ella, los ojos de Robin descubrieron algo, oculto a medias tras el hueco que dejaban los libros caídos de la estantería.

Apenas colgó, fue hacia aquel punto y extrajo lo que los libros derribados debieron ocultar hasta ese momento.

Era un simple cassette magnetofónico.

Examinó el cartucho con curiosidad. Luego, corrió a su coche sin perder tiempo.

Saltó al volante y puso el Jaguar a toda velocidad. Sin soltar el volante, introdujo el cartucho de cinta magnética en el compartimento de su radiocasete del tablier.

Empezó a emitirse una música profunda y solemne. Haendel. Luego otra: Bach. Y, finalmente, un coro angélico. Y una voz. La voz sublime, espiritual y melodiosa de la hermana Melissa, entonando su hermoso y dulce réquiem por los difuntos de Los Campos del Cielo...

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Robin Meyer. Fue un escalofrío de infinito horror, de incredulidad, de asombro sin límites.

Ahora, al oírla fríamente en una vulgar grabación, sin la solemnidad estereofónica del recinto funerario, la voz de la hermana Melissa resultaba mucho más terrenal. Mucho más auténtica. Más identificable.

El era buen conocedor de voces.

Acababa de identificar a la hermana Melissa.

—Dios mío... —susurró—, ¡JEZABEL!

CAPITULO VIII

—¡Jezabel! Tú.,,

Lorena Walker contempló con Infinito horror la figura que, majestuosa, increíble, casi ultraterrenal, se alzaba ante ella, con su larga y blanca túnica, emergiendo de las sombras heladas de la cripta funeraria.

—Sí, Lorena querida —dijo la voz melodiosa y magnífica de la hermana Melissa—, Jezabel. Yo misma.

—Pero tú..., tú estabas... ¡Muerta!

—Bien supiste hoy que no. Porque lo supiste, ¿verdad? Por eso llamaste a Robin Meyer para decírselo, para tratar de comprender lo que ocurría... —Ia voz de la hermana Melissa bajó gradualmente de tono, hasta convertirse en la voz de la actriz cinematográfica y teatral Jezabel Lawrence. Tenía registros y matices prodigiosos aquella voz, capaz de cambiar con tanta facilidad de tono y volumen. El rostro hermoso y pálido, bajo la melena roja, no era ahora el de una difunta que vuelve de la tumba, sino el de la misma Jezabel Lawrence que todos conocían. Se aproximó lentamente a Lorena Walker, encogida en un rincón del mausoleo, bajo la mirada ceñuda y cruel del doctor Quayle, médico de los estudios cinematográficos.

—Jezabel, si todos te vimos muerta... Yo no podía creerlo. Pero encontré entre tus papeles... algo que me horrorizó. Era el título de propiedad de este cementerio. De TODO este cementerio... a nombre tuyo, bajo la razón social de Hermana Melissa... Y si tú eras la hermana Melissa... no podías estar muerta.

—¿Por qué imaginaste que «no» estaba muerta, querida? —sonrió dulcemente Jezabel, aunque su mirada fija en Lorena era fría y dura como un par de agujas de acero.

—Fue..., fue un presentimiento... Recordé algo que mencionaste una vez, quizá por error, hace tiempo. El doctor Quayle te había hablado de drogas hipnóticas que producen un sueño profundo semejante a la muerte, una especie de estado cataléptico que puede prolongarse hasta treinta horas o más... Yo recordé haber pisado otros vidrios diferentes a los de la ventana cuando entré a ver qué te ocurría... Y luego, Robin subió, fingiendo haber perdido allí su encendedor, cuando yo sabía que eso no era cierto. El también había visto algo. Le sorprendí recogiendo muestras... e imaginé que investigaba el asunto. Recogí también muestras por mi cuenta. Un laboratorio me dijo que eran restos de una pequeña ampolla fácil de romperse con los dientes y digerir su contenido. No sé por qué, eso me hizo recordar la escena final de Romeo y Julieta. Tú eres actriz, siempre has tenido espíritu de actriz, te encanta el espectáculo grande, demostrar lo grande que eres como intérprete. E interpretaste tu propia muerte con ese bebedizo, semejante al que Julieta toma para fingirse muerta... Eso me dio la clave. Sentí un tremendo pánico...

—Y esta mañana viniste a Los Campos del Cielo —dijo acusadora ella—. No a orar ante mi supuesto sepulcro, sino a grabar la voz de la hermana Melissa, ¿no es cierto? ¿Por qué lo hiciste? ¿Dónde está esa grabación, John?

—Ella no la tenía. No pude encontrarla —se lamentó el doctor Quayle—. Será preciso volver allí y buscarla, antes de que la encuentre Robin Meyer, ese maldito entrometido...

—Cometes demasiados errores, John —le acusó la rediviva Jezabel Lawrence—, Mis socios han de ser más prudentes en sus movimientos. Y menos impulsivos. Enviar a un pistolero tras de Robin fue un error que pudo costarte caro. Si él llega a morir, yo misma te hubiera matado con mis manos.

—Yo no podía saber que tú..., tú le amabas —se disculpó el médico—, Y que todo esto de fingir tu muerte, ha sido por él...

—No podía ser la señora Nordham —murmuró amargamente Jezabel—. Y tampoco podría convencer a Robin de que traicionase a su amigo. Por eso preferí dejar de ser Jezabel Lawrence definitivamente, y encerrarme en mi otra personalidad de hermana Melissa...

—¿Y vivir aquí siempre encerrada, Jezzie? —murmuró Lorena, angustiada, señalando los marmóreos muros del panteón.

—Esto, interiormente, no es lo que parece. Por eso es mi propia cripta. Mi hogar secreto. Tengo comodidades, es una vivienda secreta, bien oculta. Más adelante hubiera regresado como cualquier otra mujer. Podía fingirse la existencia de una lejana pariente de Jezabel, una hermana acaso. Necesitaba tiempo para volver, Para intentar que Robin fuese mío, y solamente mío.

—Por amor... has elegido este destino —Lorena movió la cabeza—. Oh, Dios mío, vivir tanto tiempo a tu lado y no llegar a conocer nunca a la verdadera Jezabel Lawrence... Una mujer que empleaba su fortuna en crear este monstruoso paraíso para los muertos, que se enriquecía explotando la estupidez ajena... Y que por amor a un hombre al que apenas conoce, elige una falsa muerte y desaparece del mundo...

—Hay algo más que tú no sabes, querida amiga —sonrió Jezabel—. Este cementerio de lujo es algo más que un buen negocio por lo que pagan los ricos por sus tumbas.

—No te entiendo...

—Es un verdadero almacén de cadáveres. Pero no todos están ya en sus tumbas. Figuras en plástico, reproduciendo al muerto, ocupan ahora su lugar.

—¿Qué..., qué dices? —se horrorizó Lorena, con expresión de auténtico pánico.

—Lo que has oído, mi querida Lorena. Hay algo que es muy buen negocio. Siempre lo ha sido a lo largo de la Historia: el tráfico de cadáveres.

—Dios mío...

—Los investigadores pagan mucho por cadáveres en buen estado para sus trabajos biológicos. En un lugar como éste, ingresan muchos difuntos al cabo del año. Y es un suministro seguro, efectivo. Si la muerte es reciente y aún son aprovechables sus órganos, el precio es mucho más elevado. Si no, se les

vende el cadáver a precio razonable a determinados centros de investigación anatómica, para experimentos de todo tipo, con la plena y total seguridad de que nunca serán molestados ni nadie conocerá tal comercio.

—Es horrible— jadeó Lorena, aterrada—. Comerciar con cadáveres... Vaciar sus tumbas, profanar su última morada y enviarlos como simple mercancía a cambio de dinero... Tú, Jezabel, ¿tú has pedido hacer cosas así, tan abominables y espantosas?

—En efecto, Lorena. Tal vez estaba predestinada a no ser la buena muchacha que todos imaginaban. El Mal me atrae, me seduce lo prohibido. Por algo mi nombre es ése: Jezabel... Como en la Biblia, ¿no? — terminó, riendo.

—Y ahora..., ahora, ¿por qué me has traído aquí, a esta horrible cripta? ¿Qué piensas hacer conmigo en este horrible lugar?

—¿Y aún lo preguntas? —Los verdes y hermosos ojos de Jezabel se fijaron en su amiga con ironía—. ¿Es que no lo comprendes?

Lorena retrocedió, trémula, hasta que su espalda y sus manos crispadas se encontraron con el negro muro de reluciente mármol.

—¿No... no pensarás...?

—¿Matarte? Claro, querida. ¿Qué otra cosa podría hacer ya contigo? —sonrió afablemente Jezabel,

—Dios mío, no. ¡No puedes hacerme eso!

—No tenía por qué hacerte daño, si tú no te hubieras mezclado demasiado en mis asuntos. Si Robin supiera que yo aún vivo, todo estaría perdido ya para mí. Recuerda que todo esto lo hago por Robin. El nunca debe saber que yo soy la hermana Melissa, que soy la dueña de todo esto, que Quayle es mi cómplice y el proveedor de cadáveres a médicos que él conoce... a investigadores que se sirven de él como intermediario. No. Robin nunca debe saber nada. Nadie debe saberlo. Y tú, sin embargo, lo sabes todo.

—Juro no hablar, no revelar nunca la verdad...

—Mientes. No podrías cumplir ese juramento.

—¡Lo cumpliré!

—Y aunque lo hicieras, tus ojos te delatarían, tu mirada diría lo que tu boca callase. No, querida. No puedo arriesgarme. No puedo.

Hubo un silencio profundo, aterrador, dentro de la bóveda resonante de la cripta mortuoria. En medio, el vacío sarcófago de piedra blanca era como un sarcasmo ante la cruda realidad a la que se enfrentaba Lorena Walker en estos momentos.

—No sufrirá nada —dijo el doctor Quayle, extrayendo de su chaqueta una caja con una jeringuilla hipodérmica ya dispuesta—. Contiene un veneno rápido y potente que no causa más que un ligero mareo y un repentino frío. Luego llega la parálisis casi total... y la muerte.

—Son ustedes dos monstruos, doctor Quayle —acusó Lorena, lívida.

—No me asustan los calificativos —sonrió el médico, encogiéndose de hombros—. Estoy acostumbrado a todo eso. No soy impresionable. Mi

hermano, en cambio, sí lo era. Me ayudaba^ mucho a llenar las tumbas de este cementerio con sus clientes fallecidos. Y, de repente, se asusta porque le visita Robin Meyer en Nueva York, me llama muerto de miedo..., y luego se arroja por una ventana de un decimotercer piso y se aplasta en el asfalto. Pobre Aaron. No era fuerte, como yo. Vamos, señorita Walker, no trate de resistirse. Eso haría más doloroso su final. Comprenda que no merece la pena. Ni grite. Aquí dentro, las voces se ahogan. Es hermético y a prueba de ruidos. De esta cripta no sale un solo sonido. Ni nadie imagina que estemos aquí, salvo los más fieles servidores de Jezabel, que nunca hablarán, porque eso les perdería también a ellos.

—Jezzie, por favor, tú has sido mi amiga, mi compañera durante todo este tiempo —imploró Lorena—, Quiero vivir... Vivir solamente...

—Imposible —rechazó ella con energía—. Adelante. John. Termina pronto. No me gusta ver sufrir a las personas.

El médico se precipitó sobre Lorena Walker. Alzó la jeringuilla en alto, sobre el cuello de la muchacha.

Esta ni siquiera se movió e intentó resistir. Sabía, que ya todo era inútil. Y aceptaba su destino. Tal vez, como dijera el doctor Quayle, la agonía fuese breve y sin dolor.

* * *

Todo ocurrió tan rápidamente, que ninguno de ellos pudo siquiera sospecharlo. Y mucho menos evitarlo...

Repentinamente, las puertas de la cripta se abrieron con un chirrido. Jezabel, horrorizada, giró la cabeza, cubriéndose el rostro con ambas manos. El doctor Quayle detuvo su mano asesina en el aire, y dilató sus ojos, para ver a los que entraban.

— ¡Robin Meyer! —rugió—. ¡Usted!

Robin entró presuroso en la cripta. Se precipitó sobre el doctor Quayle, arrebatándole la jeringuilla de la mano y derribando al médico de un seco directo al mentón, Lorena estalló en llanto, rotos sus nervios por la tensión, en una crisis histérica.

El teniente Atkins y varios agentes uniformados, revólver en mano, invadieron el funerario recinto, rodeando a Jezabel Lawrence y al médico. En el exterior, varios sepultureros y bellas azafatas de Los Campos del Cielo aparecían esposados, rodeados de agentes.

—Todo terminó para ustedes —dijo Robin con voz áspera—. Lo siento por ti, Jezabel.

Ella volvió el rostro hacia él, lentamente.

Estaba lívida. Temblaba. Sus ojos reflejaban una amargura, un dolor infinito.

—Robin... —susurró—. Tú lo sabías...

—Lo supe hace muy poco —respondió él con voz sorda— Cuando

escuché la grabación de la hermana Melissa... Era tu voz, Jezabel. Y si tú eras la hermana Melissa, no podías estar muerta. Recordé el análisis de cierta droga hipnótica. Esa clase de drogas, según sea su naturaleza, pueden provocar un estado cataléptico. Era una posibilidad que, unido a cuanto me dijo Lorena por teléfono, completaba la horrible sospecha. Y lo explicaba todo. O casi todo.

—¿Todo, Robin? —preguntó Jezabel, con voz estremecida.

—No, no todo —él avanzó hacia ella, despacio—, ¿Por qué lo hiciste? ¿Era necesario fingir tu muerte? ¿No te bastaba con tener este negocio secreto?

—Eso es lo que no podías saber, Robin querido —musitó ella—. Lo hice por ti.

—¿Por mí?

—Sí. Así desaparecía de tu vida y de la de Walter. No podía ser de él ni de nadie, después de haberme enamorado de ti. Era mejor borrar del mundo a Jezabel Lawrence. Tal vez un día podía regresar con otra identidad y buscarte, pero no ahora...

—Sin tu falsa, muerte, nunca se hubiera sospechado de esto.

—Lo sé —se encogió de hombros—. Pero valía la pena intentarlo. Era una hermosa representación. Por algo que lo merecía: tú. Es mi última representación. Robin. Ahora, ya sólo falta el telón...

Sonreía. Robin la miraba fijamente. De pronto, creyó entender. Se precipitó sobre ella. El rostro de Jezabel había empezado a ponerse rígido, de una rara lividez,

—¡Jezabel! —gritó Robin,

Ella seguía sonriendo. Sus ojos se hacían mortecinos.

—Ya es tarde, Robin —musitó—. Lo tenía todo previsto. No iba a dejar que me cogieran viva. Basta una pequeña dosis en una cápsula oculta en la boca. Ya lo he ingerido. Empieza su efecto.

—Jezabel, tus delitos no eran tan graves...

—No lo sabes bien —suspiró ella—. He ordenado matar a gente que sabía o sospechaba algo. He vendido cadáveres y órganos al mejor postor... Ha hecho matar a pacientes de John Quayle o de Aaron Quayle... He sido mucho peor de !o que imaginaba, Y ahora, ni siquiera disfrutaré de este hermoso mausoleo... Ya no habrá... una cripta para Jezabel Lawrence...

Se desplomó en el suelo marmóreo, tan blanca como la piedra que formaba su sepulcro de ficción. Estaba muerta, El veneno había sido rápido, activo,

John Quayle, esposado, lívido, miraba fijamente el cadáver de su cómplice.

—Dios mío —se le oyó balbucear—. Ella confesó todo. Ahora pagaré yo...

—Sí, doctor —afirmó duramente Atkins—. Pagará usted, se lo aseguro. Y a alto precio, no le quepa duda. Los negocios de la hermana Melissa van a salir todos a la luz. Y usted es tan responsable como ella, lo sabemos, En marcha. Ya nada nos queda por hacer en este cementerio tan hermoso como horrible...

Lorena se quedó en último lugar, mirando con fijeza el cuerpo de su amiga Jezabel. Robin la tomó por los hombros suavemente.

—Vamos, amiga mía —murmuró—. Este es reino de muerte, y sólo muerte queda en él, Jezabel tuvo una muerte como a ella le gustaba: heroica y rodeada de su público. No puede pedir más una actriz como ella, capaz de convertir el mundo también en un gran escenario para una comedia de horror. Que Dios la haya perdonado, ahora que realmente está muerta...

Salieron juntos de la cripta. Se alejaron cementerio adelante, entre los gigantismos de mal gusto de Los Campos del Cielo. La estereofonía estaba muda. Ya no había música sacra ni cánticos angelicales. El tinglado de la gran farsa se había derrumbado con estrépito.

—Señor Meyer, ¿cómo pudieron saberlo todo, llegar tan a tiempo...? —musitó ella.

—Comprendí al oír la cinta grabada. Luego, la policía hizo el resto. De ellos es el mérito de la operación. Provocaron un corte de energía eléctrica en esta zona. Así no podían ser avisados de modo alguno los culpables. Se rodeó el cementerio y se ocupó con rapidez y sigilo. Pudimos haber llegado tarde, pero Dios ayudó en eso y pudimos salvar su vida, Lorena.

—Yo sólo sé que siempre se lo deberé a usted, señor Meyer.

—Por favor, llámeme sólo Robin —sonrió él, mirándola—, Ambos somos jóvenes y podemos ser buenos amigos, ¿no cree?

—Sí, creo que sí. Robin, gracias por todo...

—Vamos, Lorena, no diga eso. Lo importante es que la pesadilla terminó.

—Jezabel pudo haber triunfado en su horrible negocio. Su amor hacia usted la perdió.

—Sí, es una horrible certeza. Pobre Jezabel. En el fondo, siento dolor porque fuese así. Había llegado a sentir realmente algo por ella... Tal vez fuese amor o tal vez no. Nunca lo sabré. Ni tiene objeto saberlo ahora...

Y salieron del cementerio. Su brazo, instintivamente, oprimía con fuerza los hombros de Lorena Walker, como protegiéndola de algo, Y a ella le gustaba esa presión.

Comprendía que Jezabel hubiera sido capaz de tanto por un hombre como él. Robin Meyer tenía algo que atraía, que fascinaba.

Y Lorena Walker se dijo que, tal vez un día no muy lejano, olvidado aquel horror y sepultado el recuerdo de Jezabel Lawrence, como lo estaría su cuerpo sin vida, Robin y ella pudieran ser algo más que simples amigos.

¿Por qué no? Ella era atractiva, sabía que era bonita... y podía enamorar a un hombre fácilmente.

FIN